

Elena G. de White



En
busca
de

ESPERANZA

El mayor rescate
de todos los tiempos

En busca de ESPERANZA

**El mayor rescate de todos
los tiempos**

Elena G. de White



**Asociación
Casa Editora
Sudamericana**

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG
Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

En busca de esperanza
El mayor rescate de todos los tiempos
Elena G. de White

Dirección: Aldo Dante Orrego
Diseño del interior: Carlos Schefer
Diseño e Ilustración de tapa: CPB

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición
MMXVI – 20M

Es propiedad. © 2016 ACES.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-491-4

White, Elena G. de

En busca de esperanza : El mayor rescate de todos los tiempos / Elena G. de
White / Dirigido por Aldo Dante Orrego. – 1ª ed. – Florida : Asociación Casa Editora
Sudamericana, 2016.

80 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-701-491-4

1. Vida cristiana. I. Orrego, Aldo Dante, dir. II. Título.
CDD 248.4

Se terminó de imprimir el 02 de junio de 2016 en talleres propios (Gral. José de San Martín
4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su
manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros
medios, sin permiso previo del editor.

-109189-
-109190-

Contenido

Introducción	4
1. La rebelión	5
2. La creación	9
3. La tragedia.....	11
4. La solución.....	18
5. El código.....	22
6. El Liberador.....	33
7. La conquista.....	46
8. La apostasía.....	52
9. La purificación.....	61
10. La salvación.....	64
11. La sentencia.....	71
12. El nuevo comienzo.....	79

Introducción

¿Cómo llegó nuestro mundo a estar en tan mal estado? ¿Por qué existe el sufrimiento? ¿De dónde vino el mal? ¿Este estado de cosas no va a terminar nunca?

Preguntas como éstas atribulan muchísimo a la mayoría de las personas. Y puesto que la ciencia no tiene respuestas para ellas y que la filosofía presenta muchas respuestas contradictorias, ¿dónde podemos encontrar la verdad de lo que acontece a nuestro alrededor y de lo que vivimos a diario? La obra que tiene en sus manos le ofrece la respuesta.

El material de este libro fue seleccionado y adaptado de una obra mayor: *La historia de la redención*. La autora, Elena G. de White, fue incluida entre los 100 estadounidenses más importantes de todos los tiempos según un número especial (Primavera de 2015) de la revista *Smithsonian* (EE. UU.). Sus libros han sido traducidos a más de 160 idiomas, más que los de cualquier otra mujer en cualquier lugar del mundo. Y millones de personas se han beneficiado con sus ideas e inspiración.

En busca de esperanza es una oportunidad para que usted pueda experimentar lo mismo.

* Los énfasis en ***negrita cursiva*** pertenecen a la autora.

* Las explicaciones en *cursiva* entre corchetes, propias de los compiladores y el editor, funcionan como aclaraciones de las distintas secciones, párrafos y palabras, o como nexos de transición entre los hechos descriptos.

* La versión utilizada para transcribir los versículos bíblicos fue la Reina-Valera Revisada de 1995.

La rebelión

En el Cielo, antes de su rebelión, Lucifer era un ángel honrado y excelso, cuyo honor seguía al del amado Hijo de Dios. Su semblante, como el de los demás ángeles, era apacible y denotaba felicidad. Su frente alta y espaciosa indicaba poderosa inteligencia. Su forma era perfecta; su porte, noble y majestuoso. Una luz especial resplandecía sobre su rostro y brillaba a su alrededor con más fulgor y hermosura que en los demás ángeles. Sin embargo, Cristo, el amado Hijo de Dios, tenía la preeminencia sobre las huestes angélicas. Era uno con el Padre antes que los ángeles fueran creados. Lucifer lo envidió, y gradualmente asumió la autoridad que le correspondía sólo a Cristo.

Cristo era reconocido como Soberano del Cielo, con poder y autoridad iguales a los de Dios. Lucifer creyó que él era favorito en el Cielo entre los ángeles. Había sido sumamente exaltado, pero eso no despertó en él ni gratitud ni alabanzas a su Creador. Aspiraba llegar a la altura de Dios mismo. Se glorificaba en su propia exaltación. Sabía que los ángeles lo honraban. Tenía una misión especial que cumplir. Había estado cerca del gran Creador, y los persistentes rayos de la gloriosa luz que rodeaban al Dios eterno habían resplandecido especialmente sobre él. Pensó en cómo los ángeles habían obedecido sus órdenes con placentera celeridad. ¿No eran sus vestiduras brillantes y hermosas? ¿Por qué había que honrar a Cristo más que a él?

Salió de la presencia del Padre descontento y lleno de envidia contra Jesucristo. Congregó a las huestes angélicas, disimulando sus verdaderos propósitos, y les presentó su tema, que era él mismo. Como quien ha sido agraviado, se refirió a la preferencia que Dios había manifestado hacia Jesús postergándolo a él. Les dijo que de ahora en más toda la dulce libertad de que habían disfrutado los ángeles llegaría a su fin. ¿Acaso no se les había puesto un gobernador, a quien de allí en adelante debían tributar honor servil?

Les declaró que los había congregado para asegurarles que no soportaría más esa invasión de sus derechos y los de ellos; que nunca más se inclinaría ante Cristo; que tomaría para sí la honra que debiera habersele conferido, y que sería el caudillo de todos los que estuvieran dispuestos a seguirlo y obedecer su voz.

Entonces hubo discusión entre los ángeles. Lucifer y sus seguidores luchaban para reformar el gobierno de Dios. Se rebelaron contra la autoridad del Hijo.

Los ángeles leales trataron de reconciliar con la voluntad de su Creador a ese poderoso ángel rebelde. Le mostraron claramente que Cristo era el Hijo de Dios, que existía con él antes que los ángeles fueran creados, y que siempre había estado a la diestra del Padre, sin que su tierna y amorosa autoridad hubiese sido puesta en tela de juicio hasta ese momento; y que no había dado orden alguna que no fuera ejecutada con gozo por la hueste angélica. Es más...

Argumentaron que el hecho de que Cristo recibiera honores especiales de parte del Padre en presencia de los ángeles no disminuía la honra que Lucifer había recibido hasta entonces. Los ángeles lloraron. Ansiosamente intentaron convencerlo de que renunciara a su propósito malvado para someterse a su Creador, pues todo había sido hasta entonces paz y armonía, y ¿qué era lo que podía incitar esa voz rebelde y disidente?

Lucifer no quiso escucharlos, y se apartó de los ángeles leales acusándolos de servilismo. Estos se asombraron al ver que Lucifer tenía éxito en sus esfuerzos por incitar a la rebelión. Les prometió un nuevo gobierno, mejor que el que tenían entonces, en el que todo sería libertad. Muchísimos expresaron su propósito de aceptarlo como su dirigente y comandante en jefe. Cuando vio que sus propuestas tenían éxito, se vanaglorió de que podría llegar a tener a todos los ángeles de su lado, que sería igual a Dios mismo, y que su voz llena de autoridad sería escuchada al dar órdenes a toda la hueste celestial.

Nuevamente los ángeles leales le advirtieron y aseguraron cuáles serían las consecuencias si persistía, pues el que había creado a los ángeles tenía poder para despojarlos de toda autoridad y, de una manera señalada, castigar su audacia y terrible rebelión. ¡Pensar que un ángel se opuso a la Ley de Dios que es tan sagrada como él mismo! Exhortaron a los rebeldes a que cerraran sus oídos a los razonamientos engañosos de Lucifer, y le aconsejaron a él y a cuantos habían caído bajo su influencia que volvieran a Dios y confesaran el error de haber permitido siquiera el pensamiento de objetar su autoridad.

Muchos de los simpatizantes de Lucifer se mostraron dispuestos a escuchar el consejo de los ángeles leales y arrepentirse de su descontento para recobrar la confianza del Padre y su amado Hijo. Entonces el poderoso rebelde declaró que conocía la Ley de Dios, y que si se sometía a la obediencia servil se lo despojaría de su honra y nunca más se le confiaría su excelsa misión. Les dijo que tanto él como ellos habían ido demasiado lejos como para volver atrás, y que estaba dispuesto a afrontar las consecuencias, pues jamás se postraría para adorar servilmente al Hijo de Dios; que Dios no los perdonaría,

y que tenían que reafirmar su libertad y conquistar por la fuerza el puesto y la autoridad que no se les concedía voluntariamente. Así fue como Lucifer, el “portaluz” —el que compartía la gloria de Dios, el ministro de su trono—, mediante la transgresión se convirtió en Satanás, el “adversario”.

Los ángeles leales se apresuraron a llegar hasta el Hijo de Dios y le comunicaron lo que ocurría entre los ángeles. Encontraron al Padre en consulta con su amado Hijo para determinar los medios por los cuales, por el bien de los ángeles leales, pondrían fin para siempre a la autoridad que había asumido Satanás. El gran Dios podría haber expulsado inmediatamente del Cielo a este archiengañador, pero ese no era su propósito. Daría a los rebeldes una justa oportunidad para que midieran su fuerza con su propio Hijo y sus ángeles leales.

¡Pensar que un ángel se opuso a la Ley de Dios, la cual es tan sagrada como el Señor mismo! Lucifer afirmó que los ángeles no necesitaban la Ley, y que debían ser libres para seguir su propia voluntad.

En esa batalla cada ángel elegiría su propio bando y lo pondría de manifiesto ante todos. No hubiera sido conveniente permitir que permaneciera en el Cielo ninguno de los que se habían unido con Satanás en su rebelión. Habían aprendido la lección de la genuina rebelión contra la inmutable Ley de Dios, y eso es irremediable. Si Dios hubiera ejercido su poder para castigar a este jefe rebelde, los ángeles subversivos no se habrían puesto en evidencia; por eso Dios siguió otro camino, pues quería manifestar definitivamente a toda la hueste celestial su justicia y su juicio.

Guerra en el Cielo.—Rebelarse contra el gobierno de Dios era un crimen enorme. Todo el Cielo parecía estar en conmoción. Los ángeles se ordenaron en compañías; cada división tenía un ángel comandante al frente. Satanás estaba combatiendo contra la Ley de Dios en aras de su ambición por exaltarse a sí mismo y no someterse a la autoridad del Hijo de Dios, el gran comandante celestial.

Se convocó a toda la hueste angélica para que compareciera ante el Padre. Satanás manifestó con osadía su descontento porque Cristo había sido preferido antes que él. Se puso de pie orgullosamente y sostuvo que debía ser igual a Dios.

Los ángeles buenos lloraron al escuchar las palabras de Satanás y sus alborozadas jactancias. Dios afirmó que los rebeldes no podían permanecer más tiempo en el Cielo. Ocupaban esa posición elevada y feliz con la condición de obedecer la Ley que Dios había dado para gobernar a los seres de inteligencia

superior. Pero no se había hecho ninguna provisión para salvar a los que se atrevieran a transgredir su Ley.

Satanás se envalentonó en su rebelión y expresó su desprecio por la Ley del Creador. Afirmó que los ángeles no necesitaban Ley y que debían ser libres para seguir su propia voluntad, la cual siempre los guiaría con rectitud; que la Ley era una restricción de su libertad; y que su abolición era uno de los grandes objetivos de su subversión.

Pero la felicidad de la hueste angélica dependía de su perfecta obediencia a la Ley. Cada cual tenía una tarea especial que cumplir; además, hasta el momento cuando Satanás se rebeló, siempre había existido perfecto orden y armonía en el Cielo.

Entonces hubo guerra en el Cielo. El Hijo de Dios, el Príncipe celestial y sus ángeles leales entraron en conflicto con el archirrebelde y los que se le unieron. El Hijo de Dios y los ángeles fieles prevalecieron, y Satanás y sus seguidores fueron expulsados del Cielo. Toda la hueste celestial reconoció y adoró al Dios de justicia. Ni un vestigio de rebeldía quedó en el Cielo. Todo volvió a ser pacífico y armonioso como antes. Los ángeles lamentaron la suerte de los que habían sido sus compañeros de felicidad y bienaventuranza. El Cielo sintió su pérdida.

El Padre consultó con el Hijo con respecto a la ejecución inmediata de su propósito de crear al hombre para que habitara la Tierra. Lo sometería a prueba para verificar su lealtad antes que se lo pudiera considerar eternamente fuera de peligro. Tendría el favor de Dios, y podría conversar con los ángeles y estos con él. Dios no creyó conveniente ponerlos [*a Adán y a Eva*] fuera del alcance de la desobediencia.

La creación

El Padre y el Hijo emprendieron la grandiosa y admirable obra que habían proyectado: la creación del mundo. La Tierra que salió de las manos del Creador era sumamente hermosa. Había montañas, colinas y llanuras, y entremedio había ríos, lagos y lagunas. La Tierra no era una vasta llanura; la monotonía del paisaje estaba interrumpida por colinas y montañas, no altas y abruptas como las de ahora, sino de formas hermosas y regulares. No se veían las rocas escarpadas y desnudas, porque yacían bajo la superficie, como si fueran los huesos de la Tierra.

Las aguas se distribuían con regularidad. Las colinas, montañas y bellísimas llanuras estaban adornadas con plantas y flores, y con altos y majestuosos árboles de toda clase, muchísimo más grandes y hermosos que los de ahora. El aire era puro y saludable; la Tierra parecía un noble palacio. Los ángeles se regocijaban al contemplar las admirables y hermosas obras de Dios.

Después de crear la Tierra y los animales que la habitaban, el Padre y el Hijo llevaron adelante su propósito, concebido antes de la caída de Satanás, de crear al hombre a su propia imagen. Habían actuado juntos en ocasión de la creación de la Tierra y de todos los seres vivientes en ella. Entonces Dios dijo a su Hijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen” (Génesis 1:26).

Cuando Adán salió de las manos de su Creador era de noble talla y hermosamente simétrico. Sus facciones eran perfectas y hermosas. Su tez no era blanca ni pálida sino sonrosada, y resplandecía con el exquisito matiz de la salud. Eva no era tan alta como Adán. Su cabeza se alzaba algo más arriba de los hombros de él. También era de noble aspecto, perfecta en simetría y muy hermosa.

Aunque todo cuanto Dios había creado era perfecto y precioso, y parecía que nada faltaba en la Tierra creada por él para felicidad de Adán y Eva, les manifestó su gran amor al plantar un huerto especialmente para ellos.

Parte del tiempo debían emplearlo en la placentera labor de cultivar ese huerto, y otra parte en recibir la visita de los ángeles, escuchar sus instrucciones y dedicarse a feliz meditación. Sus ocupaciones no eran fatigosas, sino agradables y vigorizantes. Ese hermoso huerto había de ser su hogar.

En ese jardín Dios plantó árboles de todas clases para brindar utilidad y belleza. Algunos de ellos estaban cargados de exuberantes frutos, de suave fragancia, hermosos a la vista y sabrosos al paladar, destinados por Dios para servir de alimento a la santa pareja. Había hermosas vides que crecían erguidas, cargadas con el peso de sus frutos. La grata tarea de Adán y Eva consistía en formar hermosas glorietas con los sarmientos de las vides y hacerse moradas con los bellos y vivientes árboles y el follaje de la naturaleza, cargados de fragantes frutos.

La Tierra estaba revestida de hermoso verdor, mientras miriadas de fragantes flores de toda especie y todo matiz crecían a su alrededor en abundante profusión. Todo estaba dispuesto con buen gusto y magnificencia. En el centro del huerto se alzaba el árbol de la vida cuya gloria superaba a la de todos los demás. Su fruto servía para perpetuar la inmortalidad. Las hojas tenían propiedades medicinales.

Adán y Eva en el Edén.—La santa pareja vivía muy dichosa en el Edén. Tenía dominio ilimitado sobre todos los seres vivientes. El león y el cordero jugueteaban pacífica e inofensivamente a su alrededor, o se tendían a dormir a sus pies. Aves de todo color y plumaje revoloteaban entre los árboles y las flores, y en torno de Adán y Eva, mientras sus melodiosos cantos resonaban entre los árboles en dulces acordes con alabanzas a su Creador.

Adán y Eva estaban encantados con las bellezas de su hogar edénico. Se deleitaban con los pequeños cantores que los rodeaban revestidos de brillante y primoroso plumaje, los cuales gorjeaban su melodía alegre y feliz. La santa pareja unía sus voces a las de ellos en armoniosos cantos de amor, alabanza y adoración al Padre y a su Hijo amado por las muestras de amor que la rodeaban. Reconocían el orden y la armonía de la creación, los cuales hablaban de un conocimiento y una sabiduría infinitos.

Continuamente descubrían en su edénica morada alguna nueva belleza, alguna gloria adicional, lo cual henchía sus corazones de un amor más profundo y arrancaba de sus labios expresiones de gratitud y reverencia a su Creador.

La tragedia

En medio del huerto, cerca del árbol de la vida, se alzaba el árbol del conocimiento del bien y del mal, destinado especialmente por Dios para ser una prenda de la obediencia, la fe y el amor de Adán y Eva hacia él. Refiriéndose a este árbol, el Señor ordenó a nuestros primeros padres que no comieran de él, ni lo tocaran, para que no murieran. Les dijo que podían comer libremente de todos los árboles del huerto, menos de éste, porque si comían de él seguramente morirían.

Cuando Adán y Eva fueron instalados por Dios en el hermoso huerto, tenían todo cuanto podían desear para su felicidad. Pero Dios, para cumplir sus omniscientes designios, quiso probar su lealtad antes que pudieran ser considerados eternamente fuera de peligro. Disfrutarían de su favor, y él conversaría con ellos, y ellos con él. Sin embargo, no puso el mal fuera de su alcance. Permitió que Satanás los tentara. Si soportaban la prueba gozarían del perpetuo favor de Dios y de los ángeles del Cielo.

Satanás quedó sorprendido con su nueva condición. Su felicidad se había disipado. Contempló a los ángeles que como él habían sido tan felices, pero que habían sido expulsados del Cielo con él. Entre ellos había continua discordia y acerbos recriminaciones. Antes de su rebelión estas cosas eran desconocidas en el Cielo. Satanás consideró entonces las terribles consecuencias de su rebelión.

Si pudiera volver a ser como cuando era puro, fiel y leal, de buena gana abandonaría sus pretensiones de autoridad. ¡Pero estaba perdido, más allá de toda redención, a causa de su presuntuosa rebelión!

Y eso no era todo; había inducido a otros a rebelarse y los había arrastrado a su propia condición: a ángeles que nunca habían pensado poner en tela de juicio la voluntad del Cielo o dejar de obedecer la Ley de Dios hasta que él introdujo esas ideas en sus mentes. Pero como sus esperanzas habían sido destruidas, esos espíritus se volvieron turbulentos. En lugar de gozar de mayores bienes, estaban experimentando los tristes resultados de la desobediencia y la falta de respeto por la Ley.

Satanás considera su curso de acción.—Satanás tembló al contemplar su obra. Meditaba a solas en el pasado, el presente y sus planes para el futuro. No había tenido, en el curso de su rebelión, motivo alguno para actuar de esa manera, y había acarreado ruina sin esperanzas, no sólo para sí mismo sino para las huestes de ángeles que habrían sido felices en el Cielo si él se hubiera mantenido fiel. La Ley de Dios podía condenar, pero no perdonar.

El tremendo cambio que se había operado en su situación no había aumentado su amor a Dios, ni a su sabia y justa Ley. Cuando Satanás se convenció plenamente de que no había posibilidad alguna de recuperar el favor de Dios, manifestó su maldad con odio acrecentado y ardiente vehemencia.

Dios sabía que una rebelión tan decidida no permanecería inactiva. Satanás inventaría medios para importunar a los ángeles celestiales y mostrar desdén por la autoridad divina. Como no pudo lograr que lo admitieran en el Cielo, montó guardia en la entrada misma de él para mofarse de los ángeles y buscar contiendas con ellos cuando entraban y salían. Procuraría destruir la felicidad de Adán y Eva. Trataría de incitarlos a la rebelión, con plena conciencia de que eso produciría tristeza en el Cielo.

La conspiración contra la familia humana.—Satanás informó a sus seguidores acerca de sus planes para apartar de Dios al noble Adán y a su compañera Eva. Si de alguna manera podía inducirlos a desobedecer, Dios haría algo para perdonarlos; entonces él y todos los ángeles caídos dispondrían de una buena oportunidad para compartir con ellos la misericordia de Dios.

Si eso fallaba, podrían unirse a Adán y Eva, quienes estarían sometidos a la ira divina lo mismo que ellos. La transgresión de estos también los pondría a ellos en estado de rebelión, y podrían unirse con Adán y Eva para tomar posesión del Edén y establecer allí su morada. Y si lograban tener acceso al árbol de la vida que estaba en medio del jardín, su fortaleza sería, según ellos, igual a la de los ángeles santos, y ni Dios mismo podría expulsarlos de allí.

Se advierte a Adán y a Eva.—Dios reunió a la hueste angélica para tomar medidas con el fin de evitar el mal que amenazaba. Se decidió enviar ángeles para advertir a Adán que estaba en peligro por la presencia de Satanás.

Los ángeles contaron a Adán y a Eva la triste historia de la rebelión y caída de Satanás. Entonces les informaron con claridad que el árbol del conocimiento había sido puesto en el jardín como prueba de su obediencia y su amor por Dios; que los santos ángeles sólo podían conservar su condición exaltada y feliz si eran obedientes; que ellos estaban en una situación similar; que podían obedecer la Ley de Dios y ser inefablemente felices, o desobedecerla y perder su elevada condición y caer en la desesperación.

Dijeron a Adán y a Eva que el ángel más excelso, quien seguía en jerarquía a Cristo, no había querido obedecer la Ley de Dios promulgada para gobernar a los seres celestiales; que esa rebelión había provocado guerra en el Cielo, que como resultado de ella el rebelde había sido expulsado, y que todo ángel que se había unido a él para poner en tela de juicio la autoridad del gran Jehová también había sido echado del Cielo; y que ese adversario caído era ahora enemigo de todos los relacionados con el interés de Dios y de su amado Hijo.

Les dijeron que Satanás se había propuesto hacerles daño, y que era necesario que los protegieran, porque podrían llegar a relacionarse con el adversario caído; pero que éste no podría causarles perjuicio mientras se mantuvieran obedientes a los mandamientos de Dios, porque si fuera necesario todos los ángeles del Cielo acudirían en su ayuda antes de permitir que él los perjudicara de alguna manera. Pero si desobedecían los mandamientos de Dios, entonces Satanás tendría poder para molestarlos, confundirlos y causarles problemas. Si permanecían firmes frente a las primeras insinuaciones de Satanás, estarían tan seguros como los ángeles celestiales.

Pero si cedían ante el tentador, el Ser que no había protegido a los ángeles excelsos tampoco los protegería. Tendrían que sufrir el castigo correspondiente a su transgresión, porque la Ley de Dios es tan sagrada como él mismo, y él exige obediencia perfecta de todos en el Cielo y en la Tierra.

Los ángeles aconsejaron a Eva que no se separara de su esposo en el desempeño de sus tareas, porque podía llegar a encontrarse con el adversario caído. Si se separaban, estarían en mayor peligro que si estuvieran juntos.

Adán y Eva aseguraron a los ángeles que nunca desobedecerían los expresos mandamientos de Dios, pues su mayor placer era hacer su voluntad.

TENTACIÓN Y CAÍDA

Satanás tomó la forma de una serpiente y entró en el Edén, se ubicó en el árbol del conocimiento y comenzó a comer de su fruto con despreocupación.

Sin darse cuenta, Eva se separó de su esposo, absorbida en sus ocupaciones. Cuando se percató del hecho, tuvo la sensación de que estaba en peligro, pero nuevamente se sintió segura aunque no estuviera cerca de su esposo. Creía tener sabiduría y fortaleza para reconocer el mal y enfrentarlo. Los ángeles le habían advertido que no lo hiciera. Eva se encontró contemplando el fruto del árbol prohibido con una mezcla de curiosidad y admiración.

Ella vio que el árbol era agradable, y razonaba consigo misma acerca de por qué Dios habría prohibido tan decididamente que comieran de su fruto o lo tocaran. Esa fue la oportunidad de Satanás. Se dirigió a ella como si fuese capaz de adivinar sus pensamientos: “¿Conque Dios os ha dicho: ‘No comáis de ningún árbol del huerto?’ ” Así, con palabras suaves y agradables, y con

voz melodiosa, se dirigió a la maravillada Eva, quien se sintió sorprendida al verificar que la serpiente hablaba, pues sabía que Dios no había conferido a la serpiente la facultad de hablar.

La curiosidad de Eva se había despertado. En vez de huir de ese lugar, se quedó allí para escuchar hablar a la serpiente. No cruzó por su mente la posibilidad de que el enemigo caído utilizara a ésta como una médium. Era Satanás quien hablaba, no la serpiente. Eva estaba encantada, halagada, infatuada. Si se hubiera encontrado con un personaje imponente, que hubiera tenido la forma de los ángeles y se le pareciera, se habría puesto en guardia.

Pero esa voz extraña debiera haberla conducido al lado de su esposo para preguntarle por qué otro ser podía dirigirse a ella tan libremente. En cambio se puso a discutir con la serpiente: “Del fruto de los árboles del huerto podemos comer, pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: ‘No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis’”. La serpiente contestó: “No moriréis. Pero Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal” (Génesis 3:1-6).

Satanás quería introducir la idea de que al comer del árbol prohibido recibirían una nueva clase de conocimiento que el que habían alcanzado hasta entonces. Esa ha sido su especial tarea, con gran éxito, desde su caída: inducir a los hombres a espiar los secretos del Todopoderoso y a no quedarse satisfechos con lo que Dios ha revelado, y a no obedecer cuidadosamente lo que él ha ordenado. Pretende inducirlos, además, a desobedecer los mandamientos de Dios, para hacerles creer que se están introduciendo en un maravilloso campo de conocimiento. Eso es pura suposición, y un engaño miserable.

No logran entender lo que Dios **ha revelado**, y menosprecian sus explícitos mandamientos y procuran sabiduría, separados de Dios, y tratan de comprender lo que él ha decidido vedar a los mortales. Se ensoberbecen en sus ideas de progreso y se sienten encantados por sus propias vanas filosofías, pero en relación con el verdadero conocimiento andan a tientas en la oscuridad de la medianoche.

No era la voluntad de Dios que la inocente pareja tuviera el menor conocimiento del mal. Les había otorgado el bien con generosidad y les había evitado el mal. Eva creyó que las palabras de la serpiente eran sabias, y escuchó la audaz aseveración: “No moriréis. Pero Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal”. Satanás presentó a Dios como mentiroso. Insinuó con osadía que Dios los había engañado para evitar que alcanzaran una altura de conocimiento igual a la suya. [*En definitiva, era un “Morirán” versus un “No morirán”.*]

El tentador aseguró a Eva que tan pronto como comiera del fruto recibiría un conocimiento nuevo y superior que la igualaría a Dios. Llamó la atención

de ella a sí mismo. Afirmó que por comer del fruto del árbol prohibido había adquirido la capacidad de hablar. Insinuó que Dios no cumpliría su palabra, que era sólo una amenaza para intimidarlos e impedirles lograr un gran beneficio. Además le dijo que no morirían. ¿No habían comido acaso del árbol de la vida que perpetuaba la inmortalidad? Le dijo seguidamente que Dios los estaba engañando para impedirles alcanzar un nivel de felicidad más elevado y un gozo más excelso.

El tentador arrancó el fruto y se lo alcanzó a Eva. Ella lo tomó. El tentador dijo: “Se les prohibió hasta que lo tocaran, porque morirían”, pero que no experimentarían más daño o muerte al comer el fruto que al tocarlo o sostenerlo entre las manos. Eva se envalentonó al no sentir señales inmediatas del desagrado de Dios. Le pareció que las palabras del tentador eran sabias y correctas. Comió, y se sintió deleitada con el fruto; su sabor le resultó delicioso, y se imaginó que estaba experimentando en sí misma sus maravillosos efectos.

Eva se transforma en tentadora.—Tomó entonces del fruto y comió, e imaginó que sentía el poder vivificante de una nueva y elevada existencia como resultado de la influencia estimulante del fruto prohibido. Se encontraba en un estado de excitación extraña y antinatural cuando buscó a su esposo con las manos llenas del fruto prohibido. Le habló acerca del sabio discurso de la serpiente y manifestó su deseo de llevarlo inmediatamente junto al árbol del conocimiento. Le dijo que había comido del fruto y que, en lugar de experimentar una sensación de muerte, sentía una influencia estimulante y placentera. Tan pronto como Eva desobedeció se transformó en un medio poderoso para ocasionar la caída de su esposo.

Adán comprendió perfectamente que su compañera había transgredido la única prohibición que se les había hecho como prueba de su fidelidad y amor. Eva argumentó que las palabras de la serpiente debían ser verdaderas porque no sentía señales del desagrado de Dios sino una influencia placentera, como la que experimentaban los ángeles, según ella lo imaginaba.

Adán lamentó que Eva se hubiese apartado de su lado, pero todo estaba hecho. Debía separarse de esa compañía tan amada. ¿Cómo podía permitirlo? Su amor por Eva era intenso. Y totalmente desanimado resolvió compartir su suerte. Razonaba que Eva era parte de sí mismo, y si ella debía morir, moriría con ella, porque no podía soportar el pensamiento de separarse de ella.

Le faltó fe en su misericordioso y benevolente Creador. No se le ocurrió que Dios, quien lo había creado del polvo de la tierra para hacer de él un ser viviente y hermoso, y había creado a Eva para que fuera su compañera, la podía reemplazar. Después de todo, ¿no podrían acaso ser correctas las palabras de esa sabia serpiente? Allí estaba Eva ante él, tan encantadora y tan hermosa,

y aparentemente tan inocente como antes de desobedecer. Manifestaba mayor amor por él que antes de su desobediencia, como consecuencia del fruto que había comido. Y no vio en ella señales de muerte.

Entonces decidió afrontar las consecuencias. Tomó el fruto, lo comió rápidamente y, al igual que Eva, no sintió de inmediato sus efectos perjudiciales.

El libre albedrío del hombre.—Dios instruyó a nuestros primeros padres con respecto al árbol del conocimiento, y ellos estaban plenamente informados acerca de la caída de Satanás y del peligro de escuchar sus sugerencias. No les quitó la facultad de comer el fruto prohibido. Dejó que como seres moralmente libres creyeran su palabra, obedecieran sus mandamientos y vivieran, o creyeran al tentador, desobedecieran y perecieran.

El dulce amor y la paz, y ese feliz y arrobado contentamiento, parecieron haber desaparecido, y en su lugar los sobrecogió una sensación de necesidad que nunca habían experimentado antes. Entonces, por primera vez, prestaron atención a lo externo. Nunca habían estado vestidos sino que los había envuelto una luz como a los ángeles celestiales. Esa luz que los rodeaba había desaparecido. Para aliviar esa sensación de necesidad y desnudez que experimentaban, trataron de buscar algo que les cubriera el cuerpo, pues, ¿cómo podrían comparecer desnudos ante Dios y los ángeles?

Satanás se regocijó por su éxito. Había tentado a la mujer para que desconfiara de Dios, dudara de su sabiduría y tratara de entrometerse en sus omniscientes planes. Y por su intermedio había causado también la caída de Adán, quien, como consecuencia de su amor por Eva, desobedeció el mandamiento de Dios y cayó juntamente con ella.

El Señor visitó a Adán y Eva y les hizo saber las consecuencias de su desobediencia. Cuando se percataron de la presencia majestuosa de Dios trataron de esconderse de su vista, de la que antes se deleitaban. “Jehová Dios llamó al hombre, y le preguntó: ‘¿Dónde estás?’ Él respondió: ‘Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; por esto me escondí’. Entonces Dios le preguntó: ‘¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieras?’”

El Señor no preguntó porque necesitaba información, sino para tratar de convencer a la pareja culpable. ¿Qué les infundió vergüenza y temor? Adán reconoció su transgresión, no porque estuviera arrepentido de su gran desobediencia, sino para reprochar a Dios. “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”. Y Dios preguntó a la mujer: “¿Qué es lo que has hecho?” Eva respondió: “La serpiente me engañó, y comí” (Génesis 3:9-13).

La maldición.—El Señor se dirigió entonces a la serpiente: “Por cuanto

esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre te arrastrarás, y polvo comerás todos los días de tu vida”. Así como la serpiente había sido exaltada por encima de todas las bestias del campo, sería degradada por debajo de todas ellas y sería odiada por el hombre, por cuanto había sido el medio por el cual había actuado Satanás.

“Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te mandé diciendo: ‘No comerás de él’, maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida, espinos y cardos te producirá y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra” (Génesis 3:14, 17-19).

Dios maldijo la tierra por causa del pecado cometido por Adán y Eva al comer del árbol del conocimiento, y declaró: “Con dolor comerás de ella todos los días de tu vida”. El Señor les había proporcionado lo bueno y les había evitado el mal. Ahora les declaró que comerían de él, es decir, estarían en contacto con el mal todos los días de su vida.

De allí en adelante el género humano sería afligido por las tentaciones de Satanás. Se asignó a Adán una vida de constantes fatigas y ansiedades, en lugar de las labores alegres y felices de las cuales había gozado hasta entonces. Ambos estarían sujetos al desaliento, la tristeza y el dolor, y finalmente desaparecerían. Habían sido hechos del polvo de la tierra, y al polvo debían retornar.

Se les informó que debían salir de su hogar edénico. Habían cedido ante los engaños de Satanás y habían creído sus afirmaciones de que Dios mentía. Mediante su transgresión habían abierto la puerta para que Satanás tuviera fácil acceso a ellos, y ya no era seguro su permanencia en el Jardín del Edén, para que en su condición pecaminosa no tuvieran acceso al árbol de la vida y perpetuaran una vida de pecado. Suplicaron que se les permitiera quedar, aunque reconocían haber perdido todo derecho al bendito Edén. Prometieron que en lo futuro obedecerían a Dios perfectamente. Se les informó que al caer de la inocencia a la culpa no se habían fortalecido sino debilitado enormemente. Y si no preservaron su integridad cuando gozaban de un estado de santa y feliz inocencia, mucho menos tendrían fortaleza para ser leales y fieles en un estado de culpa consciente. Se llenaron de profunda angustia y remordimiento. Comprendieron entonces que el castigo del pecado es la muerte.

Algunos ángeles fueron encargados de custodiar inmediatamente el acceso al árbol de la vida. El plan bien trazado por Satanás consistía en que Adán y Eva desobedecieran a Dios y luego participaran del árbol de la vida, para poder perpetuar su vida pecaminosa. Pero se envió a los santos ángeles para cerrarles el paso al árbol de la vida. En torno de estos ángeles surgían rayos de luz por todas partes, los cuales tenían el aspecto de espadas resplandecientes.

La solución

El Cielo se llenó de pesar cuando todos se dieron cuenta de que el hombre estaba perdido y que el mundo creado por Dios se llenaría de mortales condenados a la miseria, la enfermedad y la muerte, y que no había vía de escape para el ofensor. Toda la familia de Adán debía morir.

Pero Jesús informó a la hueste angélica que se había creado una vía de escape para el hombre perdido. Les dijo que había suplicado a su Padre y que había ofrecido su vida en rescate, para que la sentencia de muerte recayera sobre él, con el fin de que por su intermedio el hombre pudiera encontrar perdón; para que por los méritos de su sangre, y como resultado de su obediencia a la Ley de Dios, el hombre pudiera gozar del favor de Dios, volver al hermoso jardín y comer del fruto del árbol de la vida.

Jesús abrió frente a ellos el plan de salvación. Les dijo que se ubicaría entre la ira de su Padre y el hombre culpable, que llevaría sobre sí la iniquidad y el escarnio, y que pocos lo recibirían como Hijo de Dios. Casi todos lo aborrecerían y lo rechazarían. Dejaría toda su gloria en el Cielo, aparecería sobre la Tierra como hombre, se humillaría como un esclavo, llegaría a conocer por experiencia propia las diversas tentaciones que asediarían al hombre, para saber cómo socorrer a los que fueran tentados; y que finalmente, después de cumplir su misión de maestro, sería entregado en manos de los hombres, para soportar casi toda la crueldad y el sufrimiento que Satanás y sus ángeles pudieran inspirar a los impíos; que moriría la más cruel de las muertes, colgado entre el cielo y la tierra, como un culpable pecador; que sufriría terribles horas de agonía, las cuales los mismos ángeles no serían capaces de contemplar, pues velarían sus rostros para no verlas. No sólo sufriría de agonía corporal sino de una agonía mental, con la cual la primera de ningún modo se podía comparar. El peso de los pecados de todo el mundo recaería sobre él. Les dijo que moriría y se levantaría de nuevo al tercer día, y que ascendería a su Padre para interceder por el hombre extraviado y culpable.

La única posible vía de salvación.—Los ángeles se postraron delante de él. Ofrecieron sus vidas. Jesús les dijo que mediante la suya salvaría a mu-

chos, y que la vida de un ángel no podía pagar esa deuda. Sólo su vida podía ser aceptada por su Padre como rescate en favor del hombre. En el futuro, los que él redimiera estarían con él, y mediante su muerte rescataría a muchos y destruiría al que tenía el poder de la muerte. Y que su Padre le daría el reino y su grandeza debajo de todos los cielos, y que lo poseería para siempre jamás. Satanás y los pecadores serían destruidos, y no perturbarían nunca más el Cielo ni la Tierra Nueva purificada.

Pero a los ángeles se les asignó una tarea: subir y bajar con el bálsamo fortalecedor procedente de la gloria, para suavizar los sufrimientos del Hijo de Dios y servirlo. También tendrían la tarea de guardar y proteger a los súbditos de la gracia de los ángeles impíos y de las tinieblas que constantemente arrojaría contra ellos Satanás. Y como era imposible que Dios alterara o cambiara su Ley para salvar al hombre perdido y a punto de perecer, por eso permitió que su amado Hijo muriera por la transgresión del hombre.

El Cielo se llenó de pesar cuando todos se dieron cuenta de que el hombre estaba perdido. Pero Jesús ofreció su vida en rescate, para que la sentencia de muerte recayera sobre él y no sobre los seres humanos.

Satanás se regocijó una vez más con sus ángeles de que hubiera podido derribar al Hijo de Dios de su exaltada posición al provocar la caída del hombre. Dijo a sus ángeles que cuando Jesús tomara la naturaleza del hombre caído, podría dominarlo e impedir que cumpliera el plan de salvación.

Humildemente y con indecible pesar Adán y Eva abandonaron el hermoso jardín donde habían sido tan felices hasta que desobedecieron la orden de Dios. La atmósfera había cambiado. Ya no se mantenía invariable como antes de la transgresión. Dios los vistió con túnicas de pieles para cubrirlos de la sensación de frío y calor a la que estaban expuestos.

La inmutable Ley de Dios.—Todo el Cielo se lamentó por la desobediencia y la caída de Adán y de Eva, lo cual habían acarreado la ira de Dios sobre toda la especie humana. Ya no podían tener comunión directa con Dios y se habían sumergido en la miseria y la desesperación.

La Ley de Jehová, fundamento de su gobierno en el Cielo y en la Tierra, era tan sagrada como Dios mismo; y por esa razón Dios no podía aceptar la vida de un ángel como sacrificio por su transgresión. Su Ley es de más importancia a su vista que los santos ángeles que rodean su trono. El Padre no podía abolir ni modificar un solo precepto de su Ley para adaptarla a la condición caída del ser humano. Pero el Hijo de Dios, que junto con el Padre había creado al hombre, podía ofrecer por este una expiación que Dios podía

aceptar mediante el don de su vida en sacrificio, para recibir sobre sí la ira de su Padre. Los ángeles informaron a Adán que así como su transgresión había acarreado muerte y ruina, la vida y la inmortalidad aparecerían como resultado del sacrificio de Cristo.

Una vislumbre del futuro.—A Adán se le revelaron importantes acontecimientos del futuro, desde su expulsión del Edén hasta el diluvio y más allá, hasta la primera venida de Cristo a la Tierra; su amor por Adán y su posteridad inducirían al Hijo de Dios a condescender al punto de tomar la naturaleza humana para elevar así, por medio de su propia humillación, a todos los que creyeran en él. Ese sacrificio sería de suficiente valor como para salvar a todo el mundo; pero sólo unos pocos aprovecharían la salvación ofrecida por medio de un sacrificio tan extraordinario. La mayoría no cumpliría las condiciones requeridas para ser participantes de la gran salvación de Dios. Preferirían el pecado y la transgresión de la Ley de Dios antes que arrepentirse y obedecer, para descansar por fe en los méritos y el sacrificio ofrecidos. Pero este sacrificio era de un valor tan inmenso como para hacer más precioso que el oro fino al hombre que lo aceptara.

La ofrenda sacrificial.—Cuando Adán, de acuerdo con las indicaciones especiales de Dios, presentó una ofrenda por el pecado, fue para él una ceremonia sumamente penosa. Tuvo que levantar la mano para quitar una vida, la cual sólo Dios podía dar, con el fin de entregar su ofrenda por el pecado. Por primera vez estuvo en presencia de la muerte. Al contemplar la víctima sangrante en medio de las contorsiones de su agonía, se lo indujo a observar por fe al Hijo de Dios, a quien esa víctima prefiguraba, y quien moriría como sacrificio en favor del hombre.

Esta ofrenda ceremonial, ordenada por Dios, debía ser un constante recordativo para Adán, como asimismo un reconocimiento penitencial de su pecado. Este acto de quitar una vida dio a Adán una impresión más profunda y perfecta de su transgresión, ya que para expiarla se requería nada menos que la muerte del amado Hijo de Dios. Se maravilló de la infinita bondad y del incomparable amor puesto de manifiesto al dar semejante rescate para salvar al culpable. Cuando Adán daba muerte a la víctima inocente, le parecía que estaba derramando con su propia mano la sangre del Hijo de Dios. Se dio cuenta de que si hubiera permanecido fiel al Señor y leal a su santa Ley, jamás habrían muerto ni hombres ni animales. No obstante, los sacrificios, al señalar hacia la gran y perfecta ofrenda del amado Hijo de Dios, le permitían vislumbrar una estrella de esperanza, la cual iluminaba las tinieblas de su terrible futuro, y le proporcionaba alivio en tu total desesperanza y ruina.

Al principio se designó al jefe de cada familia como dirigente y sacerdote de su propio conjunto familiar. Más tarde, cuando la especie se multiplicó sobre la Tierra, algunos hombres señalados por Dios [*los profetas*] realizaron la solemne ceremonia de los sacrificios en favor del pueblo. La sangre de los animales debía relacionarse en la mente de los pecadores con la sangre del Hijo de Dios. La muerte de la víctima debía ser una evidencia para todos de que el castigo del pecado es la muerte. Mediante el acto del sacrificio el pecador reconocía su culpa y manifestaba su fe, por cuyo intermedio preveía el inmenso y perfecto sacrificio del Hijo de Dios, prefigurado por las ofrendas de animales. Sin la expiación provista por el Hijo de Dios, no podría haber derramamiento de bendiciones o salvación por parte de Dios con respecto al hombre. Dios es celoso del honor de su Ley. Su transgresión produjo una espantosa separación entre el Padre y el hombre. A Adán en su inocencia se le concedió comunión directa, libre y gozosa con su Hacedor. Pero después de su transgresión, Dios se comunicaría con él por medio de Cristo y los ángeles.

El código

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Se promulga la Ley de Dios en el Monte Sinaí.—Después que el Señor diera todas esas evidencias de su poder, les dijo quién era: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”. Entonces el mismo Dios que manifestó su poder entre los egipcios dio su Ley:

- “No tendrás dioses ajenos delante de mí.
- “No te harás imagen ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás, porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia por millares a los que me aman y guardan mis mandamientos.
- “No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano, porque no dará por inocente Jehová al que tome su nombre en vano.
- “Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.
- “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová, tu Dios, te da.
- “No matarás.
- “No cometerás adulterio.
- “No hurtarás.
- “No dirás contra tu prójimo falso testimonio.
- “No codiciarás la casa de tu prójimo: no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo” (Éxodo 20:3-17).

Los dos primeros mandamientos pronunciados por Jehová atacan la idolatría, porque esta, al ser practicada, induce al hombre a sumirse muchísimo en el pecado y la rebeldía, y con el tiempo resultaría en la ofrenda de sacrificios humanos. Dios quería proteger a su pueblo para que ni se acercara a tales abominaciones. Los cuatro primeros mandamientos se dieron para mostrar al hombre cuáles son sus deberes hacia el Altísimo. El cuarto es el eslabón que une al gran Dios con el hombre. El sábado fue dado especialmente en beneficio del hombre y para honra de Dios. Los seis últimos preceptos señalan el deber del hombre hacia sus semejantes.

El sábado debía ser una señal entre Dios y su pueblo para siempre. De esta manera se manifestaría la señal: todos los que guardaran el sábado pondrían de manifiesto mediante esa observancia que eran adoradores del Dios viviente, Creador de los cielos y la Tierra. El sábado sería una señal entre Dios y su pueblo mientras hubiera gente sobre la Tierra que lo sirviese.

“Todo el pueblo observaba el estruendo, los relámpagos, el sonido de la bocina y el monte que humeaba. Al ver esto, el pueblo tuvo miedo y se mantuvo alejado. Entonces dijeron a Moisés: ‘Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos’. Moisés respondió al pueblo: ‘No temáis, pues Dios vino para probaros, para que su temor esté ante vosotros y no pequéis’.

“Y mientras el pueblo se mantenía alejado, Moisés se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios. Jehová dijo a Moisés: ‘Así dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto que os he hablado desde el cielo’”. La majestuosa presencia de Dios en el Sinaí y las conmociones que produjo en la tierra, los terribles truenos y relámpagos que acompañaron la manifestación de Dios, impresionaron la mente de la gente con un temor y una reverencia tales por su sagrada majestad, que instintivamente retrocedieron delante de la subyugada presencia del Altísimo, no fuera que no pudieran soportar su terrible gloria.

El peligro de la idolatría.—Una vez más Dios quiso guardar a los israelitas de la idolatría. Les dijo: “No os hagáis dioses de plata ni dioses de oro para ponerlos junto a mí” (Éxodo 20:18-23). Estaban en peligro de imitar el ejemplo de los egipcios: hacer imágenes que representaran a Dios.

Dios quería que su pueblo entendiera que sólo él debía ser objeto de adoración; y que cuando vencieran a las naciones idólatras que los rodearan, no debían conservar ni una sola de sus imágenes de su culto, sino que debían destruirlas completamente. Muchas de esas deidades paganas eran muy costosas y artísticamente confeccionadas, como para tentar a los que habían presenciado el culto idólatra, tan común en Egipto, para que consideraran esos objetos inanimados con cierto grado de reverencia. El Señor quería que su

pueblo supiera que a causa de la idolatría de esas naciones, la cual los había inducido a practicar toda clase de impiedad, él usaría a los israelitas como su instrumento para castigarlos y destruir sus dioses.

Después que Moisés recibió los juicios de Dios y los escribió para el pueblo, junto con las promesas que se cumplirían si obedecían, el Señor le dijo: “Sube ante Jehová, junto con Aarón, Nadab, Abiú y setenta de los ancianos de Israel; y os inclinaréis de lejos. Pero solo Moisés se acercará a Jehová; que ellos no se acerquen ni suba el pueblo con él. Moisés fue y le contó al pueblo todas las palabras de Jehová, y todas las leyes. Y todo el pueblo respondió a una voz: ‘Cumpliremos todas las palabras que Jehová ha dicho’” (Éxodo 24:1-3).

Moisés no escribió los Diez Mandamientos sino los juicios que Dios les intimase a observar, y las promesas que se cumplirían con la condición de que los obedecieran. Se las leyó al pueblo, y éste se comprometió a obedecer todas las palabras que el Señor había dicho. Moisés escribió entonces en un libro la solemne promesa de ellos, y ofreció sacrificios al Altísimo en favor del pueblo. “Después tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: ‘Obedeceremos y haremos todas las cosas que Jehová ha dicho’. Entonces Moisés tomó la sangre, la roció sobre el pueblo y dijo: ‘Esta es la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas’” (Éxodo 24:7, 8). El pueblo repitió su solemne promesa al Señor de que haría todo lo que él había dicho, y de que serían obedientes.

La eterna Ley de Dios.—La Ley de Dios existía antes que el hombre fuera creado. Los ángeles estaban gobernados por ella. Satanás cayó porque transgredió los principios del gobierno de Dios. Después que Adán y Eva fueron creados, el Altísimo les dio a conocer su Ley. No fue escrita entonces; pero Jehová la repitió en presencia de ellos.

El día de reposo del cuarto mandamiento fue instituido en el Edén. Después de haber hecho el mundo y haber creado al hombre sobre la Tierra, hizo el sábado para el hombre. Después del pecado y la caída de Adán nada se eliminó de la Ley de Dios. Los principios de los Diez Mandamientos existían antes de la caída y eran de tal naturaleza que se adecuaban a las condiciones de los seres santos. Después de la caída no se cambiaron los principios de esos preceptos, sino que se añadieron algunos tomando en cuenta la condición caída del hombre.

Dios estableció un sistema que requería el sacrificio de animales para mantener constantemente frente al hombre caído lo que la serpiente logró que Eva no creyera: que la paga de la desobediencia es muerte. La transgresión de la Ley de Dios hizo necesaria la muerte de Cristo como sacrificio, para que de esa manera fuese posible que el hombre se librara de ese castigo

y al mismo tiempo se preservara el honor de la Ley de Dios. El sistema de sacrificios debía enseñar humildad al hombre, en vista de su condición caída, y debía conducirlo al arrepentimiento y a confiar sólo en Dios para el perdón de sus pasadas transgresiones a su Ley por medio del prometido Redentor. Si la Ley de Dios no hubiera sido traspasada nunca habría habido muerte, ni habría habido necesidad de preceptos adicionales para adaptarlos a la condición caída del hombre.

Adán enseñó la Ley de Dios a sus descendientes, y fue transmitida por los fieles a través de las generaciones sucesivas. La constante transgresión de la Ley de Dios requirió el derramamiento de un diluvio sobre la Tierra. La Ley fue preservada por Noé y su familia, quienes por obrar bien fueron salvados en el arca mediante un milagro de Dios. Noé enseñó los Diez Mandamientos a sus descendientes. El Señor preservó a un pueblo propio, a partir de Adán, en cuyo corazón estaba su Ley. Dice que Abraham “oyó... mi voz y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes” (Génesis 26:5).

El Señor se le apareció a Abraham y le dijo: “Yo soy el Dios Todopoderoso. Anda delante de mí y sé perfecto. Yo haré un pacto contigo y te multiplicaré en gran manera... Estableceré un pacto contigo y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: un pacto perpetuo, para ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti” (Génesis 17:1, 2, 7).

Después requirió que Abraham y su descendencia se circuncidaran, lo que era un círculo cortado en la carne, como señal de que Dios los había cortado y separado de todas las naciones para que constituyeran su tesoro especial. Mediante esa señal se comprometían solemnemente a no contraer matrimonio con personas provenientes de otras naciones, porque si lo hacían podían perder su reverencia por Dios y su santa Ley, y llegarían a ser semejantes a los pueblos idólatras que los rodeaban.

Mediante el acto de la circuncisión aceptaban solemnemente cumplir su parte de las condiciones del pacto hecho con Abraham: a saber, mantenerse separados de todas las naciones y ser perfectos. Si los descendientes de Abraham se hubieran mantenido separados de las otras naciones, no habrían caído en la idolatría. Al mantenerse separados de las otras naciones, la gran tentación de participar de sus costumbres pecaminosas y de rebelarse contra Dios no hubiera existido para ellos. Perdieron en gran medida su carácter peculiar y santo al mezclarse con las naciones que los rodeaban. Con el fin de castigarlos, el Señor trajo hambre sobre la tierra, lo cual los obligó a descender a Egipto para preservar su vida. Pero Dios no los olvidó mientras estaban en Egipto, por causa de su pacto con Abraham. Permitted que fueran oprimidos por los egipcios para que se volvieran a él en su angustia, eligieran su gobierno justo y misericordioso, y obedecieran sus requerimientos.

Al principio sólo unas pocas familias descendieron a Egipto, pero crecieron hasta convertirse en una gran multitud. Algunos fueron cuidadosos al instruir a sus hijos en la Ley de Dios, pero muchos israelitas habían visto tanta idolatría que tenían ideas confusas acerca de la Ley de Dios. Los que temían a Dios clamaban con angustia de espíritu para que se quebrantara el yugo de su gravosa esclavitud, y para que el Señor los sacara de la tierra de su cautiverio con el fin de poder servirlo libremente. Dios escuchó sus clamores y suscitó a Moisés como instrumento suyo para que llevara a cabo la liberación de su pueblo. Después de salir de Egipto y de la división de las aguas del Mar Rojo delante de ellos, el Señor los probó para ver si confiaban en quien los había sacado, una nación de otra nación, por medio de señales, tentaciones y maravillas. Pero no pudieron soportar la prueba. Murmuraron contra Dios por las dificultades que encontraron en el camino, y manifestaron su deseo de regresar otra vez a Egipto.

Escritos en tablas de piedra.—Para que no tuvieran excusa, el Señor mismo condescendió a descender al Sinaí, envuelto en gloria y rodeado por sus ángeles, y en una forma sublime e impresionante dio a conocer su Ley de los Diez Mandamientos. No confió en nadie para enseñarla, ni siquiera en sus ángeles, sino que dio su Ley con voz audible al oído de todo el pueblo. Y ni así confió en la frágil memoria de una gente proclive a olvidar sus requerimientos, sino que los escribió con su propio dedo en tablas de piedra. Eliminó toda posibilidad de que mezclaran sus santos preceptos con tradiciones, o que confundieran sus requerimientos con las costumbres de los hombres.

Se acercó entonces aún más a su pueblo, tan dispuesto a apartarse, de modo que no se limitó a dejarle los diez preceptos del Decálogo. Ordenó a Moisés que escribiera lo que le iba a decir, es a saber, juicios y leyes con indicaciones precisas con respecto a lo que quería que hicieran, para que así guardaran los diez preceptos que habían sido grabados en tablas de piedra. Esas indicaciones y esos requerimientos específicos se dieron para inducir al hombre falible a obedecer la ley moral, que tan proclive está a transgredir.

Si la humanidad hubiese guardado la Ley de Dios, tal como le fue dada a Adán después de su caída, preservada en el arca por Noé y observada por Abraham, no habría habido necesidad del rito de la circuncisión. Y si los descendientes de Abraham hubiesen guardado el pacto, del cual la circuncisión era una garantía, nunca hubieran caído en la idolatría ni se habría permitido que descendiesen a Egipto ni habría habido necesidad de que Dios proclamara su Ley desde el Sinaí y la grabara en tablas de piedra, ni que salvaguardara esos preceptos mediante las indicaciones, los juicios y los estatutos que le daría a Moisés.

Juicios y estatutos.—Moisés escribió esos juicios y estatutos procedentes de la boca de Dios mientras se encontraba con él en el monte. Si el pueblo de Dios hubiera obedecido los principios contenidos en los Diez Mandamientos, no habría habido necesidad de las indicaciones definidas dadas a Moisés, que él escribió en un libro, con relación a su deber hacia Dios y hacia sus semejantes. Las indicaciones específicas que el Señor dio a Moisés, con respecto al deber de su pueblo hacia sus semejantes y al extranjero, son los principios de los Diez Mandamientos simplificados y presentados en forma definida para que no pudieran caer en error.

El Señor instruyó a Moisés claramente con respecto a los sacrificios ceremoniales que debían terminar con la muerte de Cristo. El sistema de sacrificios preanunciaba la ofrenda de Cristo como Cordero sin mancha.

El Altísimo estableció primeramente el sistema de ofrendas y sacrificios con Adán después de su caída; y este los enseñó a sus descendientes. Este sistema se corrompió antes del diluvio por causa de los que se separaron de los fieles seguidores de Dios y se dedicaron a la construcción de la torre de Babel. Ofrecieron sacrificios a los dioses que ellos mismos se hicieron en lugar de ofrecérselos al Dios del Cielo. Lo hicieron no porque tuvieran fe en el Redentor venidero, sino porque creían que podrían agrandar a sus dioses al ofrecer una gran cantidad de animales sobre sus altares contaminados e idolátricos. Su superstición los indujo a caer en enormes extravagancias. Enseñaban a la gente que mientras más valiosos fueran los sacrificios que ofrecía, mayor placer proporcionarían a sus ídolos, y mayores serían también la prosperidad y las riquezas de la nación. Por esa razón a menudo se ofrecían sacrificios humanos a esos dioses inertes. Esas naciones tenían leyes y reglamentos sumamente crueles para controlar las acciones de la gente. Esas leyes fueron promulgadas por hombres cuyos corazones no habían sido suavizados por la gracia; y aunque podían condonar el más degradante de los crímenes, una pequeña ofensa los inducía a castigarla con el más cruel de los castigos.

Moisés tenía presente esto cuando dijo a Israel: “Yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová, mi Dios, me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la que vais a entrar para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: ‘Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es ésta’. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová, nuestro Dios, en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta Ley que yo pongo hoy delante de vosotros?” (Deuteronomio 4:5-8). [*Por tanto les dio indicaciones de construirle un “edificio” para sus ofrendas y sacrificios según la voluntad divina.*]

EL SANTUARIO TERRENAL

El tabernáculo fue hecho de acuerdo con el mandato de Dios. El Señor suscitó hombres y los habilitó con facultades sobrenaturales para llevar a cabo una obra sumamente ingeniosa. No se permitió que ni Moisés ni sus obreros planificaran la forma ni los métodos de construcción del edificio. Dios mismo trazó el plano y se lo dio a Moisés, con indicaciones definidas respecto a su tamaño y sus formas, y los materiales que debían emplearse en la construcción, y especificó cada mueble que se colocaría en él. Le presentó un patrón, un modelo, en miniatura del Santuario celestial y le ordenó que hiciera todo de acuerdo con ese modelo que se le había mostrado en el monte. Moisés escribió todas estas indicaciones en un libro y las leyó delante de las personas más influyente del pueblo.

Entonces el Señor pidió al pueblo que trajera una ofrenda voluntaria para que le hicieran un Santuario, de manera que pudiera morar entre ellos. “Entonces salió toda la congregación de los hijos de Israel de delante de Moisés. Todo aquel a quien su corazón impulsó, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, trajo una ofrenda a Jehová para la obra del Tabernáculo de reunión, para toda su obra y para las sagradas vestiduras. Vinieron tanto hombres como mujeres, todos de corazón generoso, y trajeron cadenas, zarcillos, anillos, brazaletes y toda clase de joyas de oro; todos presentaban una ofrenda de oro a Jehová” (Éxodo 35:20-22).

Era necesario realizar grandes y costosos preparativos. Había que reunir materiales preciosos y caros. Pero el Señor aceptaba solamente las ofrendas voluntarias. La devoción a la obra de Dios y el sacrificio sincero se requerían en primer lugar con el fin de preparar un sitio para el Altísimo. Y cuando ya estaba en marcha la construcción del Santuario y la gente estaba trayendo sus ofrendas a Moisés, y cuando él las estaba presentando a los obreros, todos los hombres sabios que estaban dedicados a la obra evaluaron las ofrendas y vieron que la gente había traído suficiente e incluso más de lo que se podía usar. Y Moisés proclamó por el campamento lo siguiente: “Ningún hombre ni mujer haga más labores para la ofrenda del santuario. Así se le impidió al pueblo ofrecer más” (Éxodo 36:6).

Una advertencia para las generaciones venideras.—Las repetidas murmuraciones de los israelitas, y las manifestaciones de la ira de Dios por causa de sus transgresiones, aparecen registradas en la historia sagrada en beneficio del pueblo de Dios que habría de vivir después sobre la Tierra, pero muy especialmente para que constituyeran una advertencia para los que vivan cerca del fin del tiempo. Incluso sus actos de devoción, y la energía y la generosidad manifestada al traer sus ofrendas voluntarias a Moisés aparecen

registrados en beneficio del pueblo de Dios. Su disposición al preparar con tanta alegría los materiales para el tabernáculo es un ejemplo para todos los que verdaderamente aman y adoran al Altísimo. Los que aprecian la bendición de la sagrada presencia de Dios, cuando preparan la construcción de un lugar para encontrarse con él deberían manifestar más interés y celo en esa obra sagrada, y deberían adjudicarle un valor proporcionalmente mayor a las bendiciones celestiales que a las comodidades terrenales. Deberían comprender que están edificando una casa para Dios.

Ciertamente era importante que un edificio que se levantaba expresamente para que Dios se encontrase con su pueblo fuese edificado con cuidado, para que sea cómodo, limpio y conveniente, puesto que habría de ser dedicado al Señor y ofrecido a él, y porque se le habría de solicitar que more en esa casa, para que esta adquiriera un carácter sagrado gracias a su santa presencia. Se debía dar lo suficiente a Jehová, y en forma voluntaria, para poder llevar a cabo la obra con amplitud, de manera que los trabajadores asignados para cada tarea pudiesen decir: “No traigan más ofrendas”.

De acuerdo con el modelo.—Cuando estuvo terminada la construcción del tabernáculo, Moisés examinó toda la obra, la comparó con el modelo y con las indicaciones que había recibido de Dios, y verificó que cada porción concordara con el modelo; y bendijo al pueblo.

Dios dio un modelo del arca a Moisés, con indicaciones especiales sobre cómo hacerla. Debía contener las tablas de piedra, sobre las cuales Dios mismo había grabado con su propio dedo los Diez Mandamientos. Parecía un baúl, y estaba revestida de oro puro por dentro y por fuera. Tenía un adorno semejante a una corona de oro alrededor de su parte superior. La tapa de esta arca era el propiciatorio, hecho de oro macizo. En cada extremo de éste había un querubín labrado en oro puro y macizo. Sus rostros estaban dirigidos el uno frente al del otro, y contemplaban con reverencia hacia abajo en dirección del propiciatorio, para representar a todos los ángeles celestiales que contemplan con interés y reverencia la Ley depositada en el arca del Santuario celestial. Estos querubines tenían alas. Una de ellas se extendía hacia lo alto, mientras la otra cubría su cuerpo. El arca del Santuario terrenal era una réplica de la verdadera arca en el Cielo. Allí, al lado del arca celestial, se mantienen de pie los ángeles vivientes, a cada extremo del arca, y cada uno de ellos cubre el propiciatorio con una de sus alas, elevándolas hacia lo alto, mientras con la otra cubren sus cuerpos en señal de reverencia y humildad.

Se pidió a Moisés que colocara en el arca terrenal las tablas de piedra. Se las llamó tablas del testimonio; y el arca recibió el nombre de arca del testimonio, porque contenía el testimonio de Dios en los Diez Mandamientos.

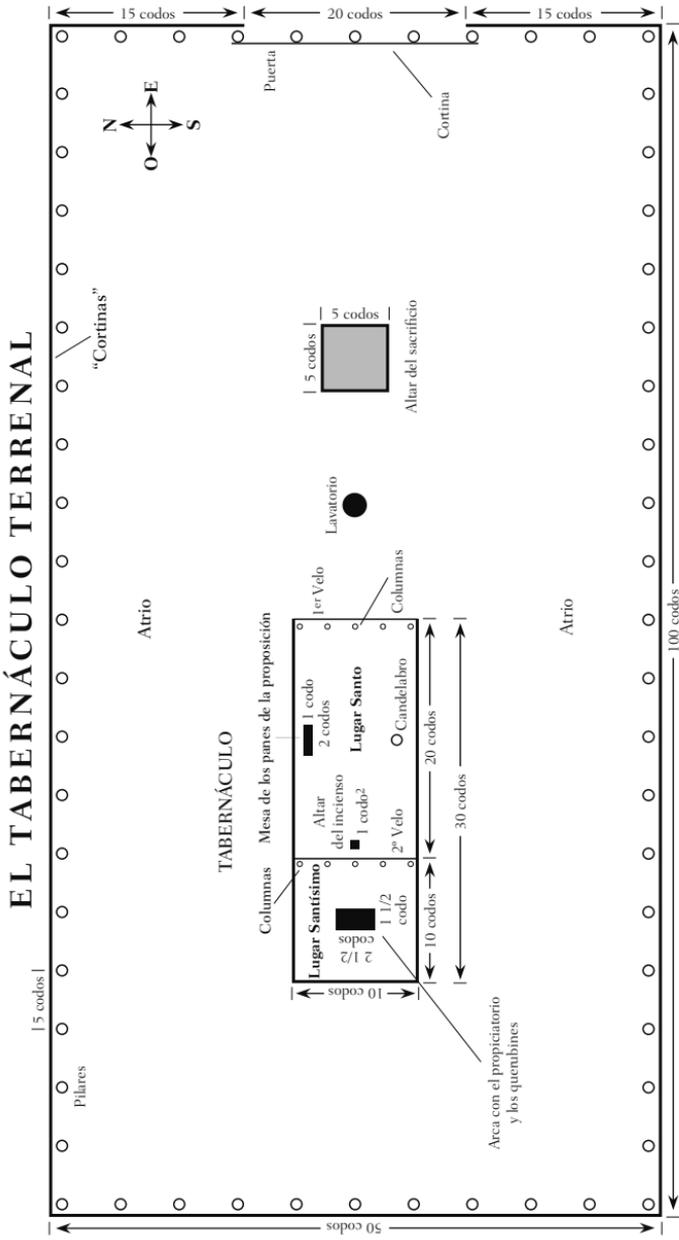
Los dos compartimentos.—El tabernáculo estaba constituido por dos compartimentos separados por una cortina o velo. Todos los muebles del tabernáculo estaban hechos de oro macizo, o revestidos de oro. Las cortinas del tabernáculo ofrecían una variedad de colores, combinados en forma sumamente bella, y en esas cortinas había querubines bordados con hilos de oro y plata, para representar a la hueste angélica que está relacionada con la obra del Santuario celestial y que son ángeles que ministran en favor de los santos que se encuentran en la Tierra.

Detrás del segundo velo estaba el arca del testimonio, y una hermosa y rica cortina se extendía delante de ella. Esta cortina no llegaba hasta el cielo raso del edificio. La gloria de Dios, que se manifestaba sobre el propiciatorio, podía ser vista desde ambos compartimentos, pero en un grado mucho menor en el primero de ellos.

Directamente delante del arca, pero separado por la cortina, estaba el altar de oro del incienso. El fuego que ardía en ese altar había sido encendido por Dios mismo, y se lo cuidaba reverentemente alimentándolo con tanto incienso que llenaba el Santuario con su humo fragante de día y de noche. Su perfume se extendía por kilómetros a la redonda en torno del tabernáculo. Cuando el sacerdote ofrecía el incienso delante del Señor, miraba hacia el propiciatorio. Aunque no lo veía, sabía que estaba allí, y cuando el incienso se elevaba como una nube, la gloria del Señor descendía sobre el propiciatorio y llenaba el Lugar Santísimo y era visible también en el Lugar Santo, y esa gloria a menudo llenaba de tal modo ambos compartimentos, que el sacerdote se veía impedido de oficiar y obligado a mantenerse de pie junto a la puerta del tabernáculo.

El sacerdote que en el Lugar Santo dirigía sus plegarias por fe hacia el propiciatorio, que no podía ver, representa al pueblo de Dios que dirige sus plegarias a Cristo, quien se encuentra frente al propiciatorio del Santuario celestial. No puede ver a su Mediador con sus ojos naturales, pero mediante el ojo de la fe puede ver a Cristo frente al propiciatorio y le dirige sus oraciones, y con seguridad suplica los beneficios de su obra mediadora.

Estos sagrados compartimentos no tenían ventanas que permitieran entrar la luz. El candelabro hecho de puro oro se mantenía encendido de noche y de día, y proporcionaba luz para ambos compartimentos. La luz de las lámparas del candelabro se reflejaba en las tablas recubiertas de oro que se hallaban a ambos lados del edificio, y asimismo sobre los muebles sagrados y sobre las cortinas de hermosos colores con querubines bordados con hilos de oro y plata, cuyo aspecto era tan glorioso que no se lo puede describir. No hay lengua capaz de expresar la sagrada hermosura, el encanto y la gloria que se veían en esos compartimentos. El oro del Santuario reflejaba los diferentes matices de las cortinas, que parecían ostentar los colores del arco iris.



Sólo una vez al año el sumo sacerdote podía entrar en el Lugar Santísimo, y después de preparativos sumamente solemnes y cuidadosos. Y ningún ojo mortal, salvo el del sumo sacerdote, podía contemplar la sagrada grandiosidad de ese compartimento, porque era la morada especial de la gloria visible de Dios. El sumo sacerdote siempre entraba temblando, mientras el pueblo aguardaba su regreso en medio del más solemne silencio. Sus más fervientes deseos eran que Dios los bendijera. Frente al propiciatorio Dios mantenía comunión con el sumo sacerdote. Si éste permanecía más tiempo del que parecía conveniente, la gente a menudo comenzaba a aterrizzarse, temerosa de que por causa de sus pecados o algún pecado del sacerdote la gloria del Señor le hubiese quitado la vida. Pero cuando oían el sonido de las campanillas que llevaba en su vestimenta, sentían un profundo alivio. Entonces el sumo sacerdote salía y bendecía al pueblo.

Cuando la obra del tabernáculo estuvo terminada, “una nube cubrió el Tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el Tabernáculo. Moisés no podía entrar en el Tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba... Porque la nube de Jehová estaba de día sobre el Tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre él, a la vista de toda la casa de Israel. Así ocurría en todas sus jornadas” (Éxodo 40:34, 35, 38).

El tabernáculo se construyó de tal manera que se lo podía desarmar en piezas para llevarlo en ocasión de todos sus viajes.

La nube guidora.—El Señor condujo a los israelitas en todas sus peregrinaciones por el desierto. Cuando era para el bien del pueblo y la gloria de Dios que levantarán sus tiendas en cierto lugar, el Altísimo lo manifestaba mediante la columna de nube que descendía directamente sobre el tabernáculo. Y allí permanecía hasta que Dios quería que emprendieran el viaje de nuevo. Entonces la nube de gloria se elevaba por encima del tabernáculo, y así volvían a viajar.

En todos sus viajes manifestaban un orden perfecto. Cada tribu llevaba un estandarte con el emblema de la casa de su padre, y cada una de ellas había recibido la orden de acampar junto a su estandarte. Y cuando viajaban, las diferentes tribus marchaban en orden, cada una junto a su propio estandarte. Cuando descansaban de sus viajes, erigían el tabernáculo, y entonces las diferentes tribus levantaban sus tiendas en orden, justamente en el lugar que Dios les había mandado, alrededor del tabernáculo, a cierta distancia de él.

Durante sus viajes llevaban el arca del pacto delante de ellos. Así: “La nube de Jehová iba sobre ellos de día. Cuando el arca se movía, Moisés decía: ‘¡Levántate, Jehová! ¡Que sean dispersados tus enemigos y huyan de tu presencia los que te aborrecen!’ Y cuando ella se detenía, decía: ‘¡Descansa, Jehová, entre los millares de millares de Israel!’” (Números 10:34-36).

El Liberador

Yllegó el tiempo cuando Jesús iba a tomar sobre sí la naturaleza humana, humillarse como hombre y soportar las tentaciones de Satanás.

Su nacimiento careció de grandeza mundanal. Nació en un establo y su cuna fue un pesebre; no obstante, su nacimiento fue honrado más que el de cualquiera de los hijos de los hombres. Los ángeles del Cielo dieron información a los pastores acerca del advenimiento de Jesús, y la luz y la gloria de Dios acompañaron su testimonio. Las huestes celestiales pulsaron sus arpas y glorificaron al Señor. Anunciaron con tono de triunfo el advenimiento del Hijo de Dios a un mundo caído para llevar a cabo la obra de la redención, y brindar mediante su muerte felicidad y vida eterna al hombre. El Altísimo honró la venida de su Hijo. Los ángeles lo adoraron. [*Y el siguiente paso fue...*]

El bautismo de Jesús.—Los ángeles de Dios acudieron al lugar de su bautismo; el Espíritu Santo descendió en forma de paloma y reposó sobre él, y mientras la gente permanecía presa de gran asombro, con los ojos fijos en él, se oyó la voz del Padre, procedente del Cielo, que así decía: “Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia” (Marcos 1:11).

Juan no estaba seguro de que fuera el Salvador el que había venido a ser bautizado por él en el Jordán. Pero Dios había prometido darle una señal por medio de la cual podría saber quién era el Cordero de Dios. Esa señal se cumplió cuando la paloma celestial reposó sobre Jesús y la gloria de Dios resplandeció a su alrededor. Juan alzó la mano y, señalando al Señor, clamó con fuerte voz: “¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29).

El ministerio de Juan.—Juan informó a sus discípulos que Jesús era el prometido Mesías, el Salvador del mundo. Cuando su obra estaba por concluir, les enseñó a dirigir su mirada hacia él y a seguirlo como el gran Maestro. La vida de Juan estuvo llena de pesar y abnegación. Anunció el primer advenimiento de Cristo pero no se le permitió ser testigo de sus milagros y disfrutar del poder que manifestaba. Cuando Jesús comenzó a presentarse

como Maestro, Juan se dio cuenta de que tenía que morir. Rara vez se oía su voz, salvo en el desierto. Su vida fue solitaria. No se aferró a la familia de su padre para gozar de su sociabilidad, sino que los dejó para cumplir su misión. Multitudes abandonaban sus atareadas ciudades y aldeas y se reunían en el desierto para escuchar las palabras de ese maravilloso profeta. Juan hincó el hacha en la raíz del árbol. Reprobó el pecado sin tomar en cuenta las consecuencias, y preparó el camino para el Cordero de Dios.

Herodes se sintió impresionado al escuchar los testimonios poderosos y certeros de Juan, y con profundo interés preguntó qué debía hacer para ser su discípulo. Juan estaba al tanto de que el rey quería casarse con la mujer de su hermano, mientras éste aun vivía, y con fidelidad le dijo que eso no era correcto. Pero Herodes no estaba dispuesto a hacer sacrificios. Se casó con la mujer de su hermano; y como resultado de la influencia de ésta prendió a Juan y lo puso en la cárcel, con la intención, sin embargo, de soltarlo después. Mientras Juan se hallaba allí confinado, se enteró por medio de sus discípulos de las poderosas obras de Jesús. No podía escuchar sus palabras llenas de gracia, pero los discípulos le informaron y lo consolaron con lo que habían oído. Pronto Juan fue decapitado como resultado de la influencia de la mujer de Herodes. Los más humildes discípulos que siguieron a Jesús, quienes fueron testigos de sus milagros y escucharon las consoladoras palabras que brotaban de sus labios, fueron mayores que Juan el Bautista (ver Mateo 11:11); fueron más exaltados y honrados, y derivaron mayor placer de la vida.

Juan vino con el espíritu y el poder de Elías para proclamar la primera venida de Jesús (Lucas 1:17). Juan representa a los que saldrán con el espíritu y el poder de Elías para anunciar el día de la ira y la segunda venida de Jesús.

La tentación.—Después de su bautismo en el Jordán, Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. El Espíritu Santo lo preparó para la experiencia especial de esas fieras tentaciones. Durante 40 días fue tentado por Satanás, y en su transcurso no comió nada. Todo lo que había a su alrededor era desagradable, tendiente a quebrantar la naturaleza humana. Estaba rodeado por bestias feroces y por el diablo en un lugar desolado y solitario. El Hijo de Dios estaba pálido y exhausto por causa del ayuno y el sufrimiento. Pero su camino estaba trazado, y debía cumplir la tarea que había venido a realizar.

Satanás se aprovechó de los sufrimientos del Hijo de Dios y se preparó para asediarlo con diversas tentaciones, con la esperanza de vencerlo, ya que se había humillado y se había hecho hombre. Satanás se le apareció con esta tentación: “Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan”. Tentó a Jesús a que aceptara dar pruebas de su carácter mesiánico por medio

del ejercicio de su poder divino. Jesús le contestó con mansedumbre: “Escrito está: ‘No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios’” (Lucas 4:3, 4).

Satanás trataba de disputar con Jesús con respecto a su condición de Hijo de Dios. Se refirió a su debilidad y a sus sufrimientos, y con fanfarronería afirmó que era más fuerte que Cristo. Pero las palabras procedentes del Cielo: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Lucas 3:22), fueron suficientes para sostener a Jesús durante todos sus sufrimientos. Cristo no tenía por qué convencer a Satanás de su poder y del hecho de que era el Salvador del mundo. Este disponía de suficiente evidencia de la exaltada posición y la autoridad del Hijo de Dios. Su renuencia para someterse a la autoridad de Cristo le había cerrado las puertas del Cielo.

Era el propósito de Dios que esta exhibición de poder fortaleciera la fe de su pueblo, de modo que su posteridad lo adorara siempre sólo a él, quien les mostró tanta misericordia.

Para manifestar su poder, Satanás llevó a Jesús a Jerusalén y lo ubicó sobre uno de los pináculos del templo, y allí lo tentó a que diera evidencia de que era Hijo de Dios arrojándose desde esa altura vertiginosa. El adversario pronunció estas palabras de la inspiración: “Pues escrito está: ‘A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden’, y ‘En las manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra’”. Jesús le respondió: “Dicho está: ‘No tentarás al Señor tu Dios’” (Lucas 4:10-12). Satanás quería que Jesús se envalentonara con las misericordias de su Padre y que arriesgara su vida antes de cumplir su misión. Esperaba de ese modo que el plan de salvación fracasara; pero este tenía fundamentos demasiado profundos para que Satanás lo pudiera derribar o malograr.

Cristo es un ejemplo para todos los cristianos. Cuando se los tiente o se discutan sus derechos, deben soportar todo con paciencia. No deben creer que tienen derecho a invocar al Señor para que manifieste su poder con el fin de lograr la victoria sobre sus enemigos, a menos que de esa manera se honre y se glorifique directamente a Dios. Si Jesús se hubiera arrojado desde el pináculo del templo, no habría glorificado a su Padre, porque nadie hubiera sido testigo de ese acto sino sólo Satanás y los ángeles de Dios. Y habría sido tentar a Dios manifestar su poder frente a su más acerbo enemigo. Habría significado ceder ante aquel a quien había venido a vencer.

“Luego lo llevó el diablo a un alto monte y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Le dijo el diablo: ‘A ti te daré todo el poder de estos reinos y la gloria de ellos, porque a mí me ha sido entregada y a quien quiero la doy. Si tú, postrado, me adoras, todos serán tuyos’. Respondiendo Jesús, le

dijo: 'Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás'” (Lucas 4:5-8).

Satanás presentó a Jesús los reinos de la Tierra en su aspecto más atractivo. Si Jesús hubiera estado dispuesto a adorarlo, él se habría ofrecido a renunciar a sus pretensiones de poseer la Tierra. Pero si el plan de salvación se cumplía plenamente y Jesús moría para redimir al hombre, Satanás sabía que su propio poder se reduciría, finalmente le sería arrebatado y sería destruido. Por tanto era su plan bien estudiado impedir, dentro de lo posible, el cumplimiento de esta gran obra que había sido comenzada por el Hijo de Dios. Si el plan para redimir al hombre fracasara, Satanás podría conservar el reino que en aquel entonces reclamaba. Y si lograba buen éxito, se alababa a sí mismo pensando que reinaría en oposición al Dios del Cielo.

Se reprende al tentador y acusador.—Satanás se regocijó cuando Jesús puso a un lado su poder y su gloria y dejó el Cielo. Creyó que el Hijo de Dios quedaba entonces a merced de su poder. La tentación dio tan fáciles resultados con la santa pareja en el Edén que esperaba, como consecuencia de su poder y su astucia satánica, poder derribar inclusive al Hijo de Dios y que además, de ese modo y como corolario, poder salvar su propia vida y su reino. Si podía tentar a Jesús a apartarse de la voluntad de su Padre, lograría su propósito. Pero Jesús enfrentó al tentador con esta reprensión: “Vete de mí, Satanás”. Sólo se inclinaría ante su Padre.

Satanás pretendía que el dominio de la Tierra le pertenecía, y le sugirió a Jesús que podía evitar todos sus sufrimientos: que no necesitaba morir para obtener los reinos de este mundo; si lo adoraba poseería la Tierra y la gloria de reinar sobre ellos. Pero Cristo se mantuvo firme. Sabía que llegaría el momento cuando con su propia vida rescataría el reino usurpado por Satanás, y que después de un tiempo todo el Cielo y toda la Tierra se someterían a él. Eligió una vida de sufrimiento, más su terrible muerte, como el camino señalado por su Padre para poder llegar a ser el legítimo heredero de los reinos de la Tierra, los cuales le serán entregados en sus manos como posesión eterna. También Satanás le será entregado para ser destruido por la muerte, para que nunca más pueda molestar a Jesús y a los santos en gloria.

EL MINISTERIO DE CRISTO

Cuando Satanás terminó sus tentaciones, se apartó de Jesús por un tiempo; y los ángeles le prepararon alimento en el desierto para fortalecerlo, y la bendición de su Padre reposó sobre él. Satanás había fracasado con sus más fieras tentaciones; pero esperaba el momento cuando Jesús se dedicara a su ministerio, en cuyo transcurso, en diferentes ocasiones, pondría a prueba su

astucia contra él. Todavía esperaba prevalecer sobre él estimulando a los que no querían recibirlo para que lo aborreciesen y trataran de destruirlo.

Satanás y sus ángeles estuvieron muy ocupados durante el ministerio de Cristo induciendo a los hombres a manifestar incredulidad, odio y burla. A menudo cuando Jesús presentaba alguna verdad incontrovertible para reprobar sus pecados, la gente se llenaba de ira. Satanás y sus demonios los instaban entonces a quitar la vida del Hijo de Dios. Más de una vez tomaron piedras para arrojárselas, pero los ángeles lo protegieron y lo apartaron de la airada multitud para ponerlo a salvo. En otra oportunidad, cuando la verdad pura brotó de sus santos labios, la multitud le echó mano y lo llevó al borde de un risco con la intención de despeñarlo. Surgió entonces una discusión entre ellos sobre lo que debían hacer con él, y los ángeles una vez más lo ocultaron de la vista de la multitud, de modo que pudo pasar por en medio de ella y proseguir su camino.

Satanás todavía esperaba que el plan de salvación fracasara. Ejerció todo su poder para endurecer el corazón de la gente y amargar sus sentimientos en contra de Jesús. Esperaba que muy pocos lo recibieran como Hijo de Dios, al punto que él considerara que sus sufrimientos y su sacrificio eran demasiado grandes para beneficiar a un grupo tan pequeño. Pero si sólo hubiera habido dos que aceptaran a Jesús como Hijo de Dios y creyeran en él para la salvación de sus almas, habría llevado a cabo el plan.

Alivio para todos los que sufrían.—Jesús comenzó su obra quebrantando el poder de Satanás sobre los que sufrían. Restauró la salud del enfermo, dio vista al ciego y sanó al tullido, impulsándolo a saltar de alegría y glorificar a Dios. Restauró la salud de los que habían estado enfermos por muchos años sometidos al cruel poder de Satanás. Con palabras llenas de gracia confortaba al decaído, al tembloroso y al desanimado. A los débiles, acosados por el sufrimiento, y a quienes Satanás retenía triunfante, Jesús los arrebató de su puño devolviéndoles la sanidad del cuerpo y dándoles gran alegría y felicidad. Resucitó a los muertos, y estos glorificaron a Dios por el maravilloso despliegue de su poder. Hizo obras extraordinarias en favor de todos los que creían en él.

La vida de Cristo estuvo llena de palabras y actos de benevolencia, simpatía y amor. Siempre estuvo atento para escuchar las quejas de los que acudían a él y para darles alivio. Multitudes llevaban en su propio cuerpo las evidencias de su poder divino. No obstante, después que las obras estuvieron realizadas, muchos se avergonzaron del humilde pero poderoso predicador. Puesto que los dirigentes no creían en él, el pueblo no estaba dispuesto a aceptar a Jesús. Fue varón de dolores, experimentado en quebranto. No podían soportar ser gobernados por los principios manifestados en su vida sobria y abnegada. Deseaban gozar de los honores que confiere el mundo. Sin embargo, muchos siguieron al Hijo

de Dios y escucharon sus enseñanzas, regocijándose con las palabras tan llenas de gracia que surgían de sus labios. Esas palabras, sumamente significativas, eran tan claras que hasta el más simple las podía entender.

Oposición ineficaz.—Satanás y sus ángeles cegaron los ojos y oscurecieron el entendimiento de los judíos, e impulsaron a la gente más importante y a los dirigentes para quitar la vida del Salvador. Otros fueron enviados para prender a Jesús, pero cuando se acercaron adonde él estaba fueron dominados por un gran asombro. Lo vieron lleno de simpatía y compasión al verificar las desgracias del género humano. Lo escucharon dirigir palabras de ánimo, con amor y ternura, al débil y al afligido. También lo oyeron reprender con voz autoritativa el poder de Satanás y liberar a sus cautivos. Escucharon las expresiones llenas de sabiduría que procedían de sus labios, y se sintieron cautivados; no pudieron ponerle las manos encima. Regresaron sin Jesús ante los sacerdotes y ancianos.

Cuando se les preguntó: “¿Por qué no lo habéis traído?”, relataron lo que habían visto de sus milagros, de las santas palabras llenas de sabiduría, amor y entendimiento que habían escuchado, y terminaron diciendo: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Juan 7:45, 46). Los principales sacerdotes los acusaron de estar engañados, y algunos de los dignatarios se avergonzaron de que no lo hubieran prendido. Los sacerdotes preguntaron burlescamente si alguno de los dirigentes había creído en él. Como muchos de los magistrados y ancianos creían en Jesús, Satanás impedía que lo reconocieran; temían más el reproche de la gente que temer a Dios.

Hasta entonces la astucia y el odio de Satanás no habían logrado desbaratar el plan de salvación. Se acercaba el momento cuando debía cumplirse el propósito por el cual Jesús viniera a este mundo. Satanás y sus ángeles se consultaron y decidieron inspirar a la propia nación a la cual pertenecía Cristo para reclamar ansiosamente su sangre y acumular sobre él crueldad y escarnio. Esperaban que Jesús no soportara semejante trato y no conservara su humildad y mansedumbre.

Mientras Satanás trazaba sus planes, Jesús revelaba cuidadosamente a sus discípulos los sufrimientos por los cuales tendría que pasar, cómo sería crucificado y cómo se levantaría de nuevo al tercer día. Pero el entendimiento de ellos estaba embotado y no podían entender lo que quería decirles.

La transfiguración.—La fe de los discípulos se fortaleció muchísimo en ocasión de la transfiguración, cuando se les permitió contemplar la gloria de Cristo y escuchar la voz del Cielo que daba testimonio de su carácter divino. Dios decidió dar a los seguidores de Jesús una prueba contundente de que era

el Mesías prometido, para que cuando vinieran el amargo pesar y la desilusión de la crucifixión no perdieran por completo su confianza. En el momento de la transfiguración el Señor envió a Moisés y a Elías para que hablaran con Jesús con respecto a sus sufrimientos y su muerte. En lugar de elegir a los ángeles para que conversaran con su Hijo, Dios envió a los que habían pasado por las vicisitudes de la Tierra.

Elías había andado con Dios. Su obra había sido penosa y difícil, porque el Señor había reprendido los pecados de Israel por su intermedio. Elías era un profeta de Dios; no obstante, se vio obligado a huir de lugar en lugar para salvar su vida. Sus propios connacionales lo perseguían como si fuera una bestia feroz, para destruirlo. Pero Dios trasladó a Elías. Los ángeles lo llevaron en gloria y en triunfo hasta el Cielo.

Moisés fue más grande que todo otro hombre que haya vivido antes que él. Fue grandemente honrado por Dios, y tuvo el privilegio de hablar con el Señor cara a cara, como alguien cuando habla con su amigo. Se le permitió ver la luz resplandeciente y la excelente gloria que rodean al Padre. El Señor libró por medio de Moisés a los israelitas de la esclavitud egipcia. Fue un mediador entre Dios y su pueblo, y a menudo se interpuso entre ellos y la ira de Dios. Cuando el enojo del Señor se encendió grandemente contra Israel por su incredulidad, sus murmuraciones y sus graves pecados, el amor de Moisés por ellos fue sometido a prueba. Dios le propuso destruirlos y hacer de él una poderosa nación. Moisés manifestó su amor por Israel al suplicar fervorosamente en su favor. En su angustia oró a Dios para que desviara su fiero enojo y perdonara a Israel, o eliminara su nombre de su libro.

Moisés pasó por la muerte, pero Miguel descendió y le dio vida antes que su cuerpo viera corrupción. Satanás trató de retener ese cuerpo, pretendiendo que le pertenecía; pero Miguel lo resucitó y lo llevó al Cielo. Satanás se quejó amargamente contra Dios, acusándolo de injusto al permitir que le fuera arrebatada su presa; pero Cristo no reprendió a su adversario, a pesar de que el siervo de Dios había caído como resultado de sus tentaciones. Mansamente remitió el caso a su Padre: “El Señor te reprenda” (Judas 9).

Jesús dijo a sus discípulos que había entre ellos algunos que no pasarían por la muerte hasta que vieran el reino de Dios descender con poder. Esta promesa se cumplió en ocasión de la transfiguración. El rostro de Jesús estaba transformado y resplandecía como el sol. Su túnica era blanca y fulguraba. Moisés estaba allí para representar a los que serían levantados de entre los muertos en ocasión de la aparición de Jesús. Y Elías, que fue trasladado sin pasar por la muerte, representaba a los que serán transformados en inmortales cuando Cristo venga por segunda vez y sean trasladados al Cielo sin pasar por la muerte. Los discípulos contemplaron con asombro y temor la excelsa majestad de Jesús y la

nube que los envolvió, y escucharon la voz de Dios que con majestad terrible exclamó: “Este es mi Hijo amado; a él oíd” (Marcos 9:7).

La crucifixión de Cristo.—Cristo, el precioso Hijo de Dios, fue conducido y entregado al populacho para ser crucificado. Los discípulos y creyentes de las regiones circunvecinas se unieron a la multitud que seguía a Jesús rumbo al Calvario. La madre del Jesús también estaba allí sostenida por Juan, el discípulo amado. Su corazón estaba herido por una angustia inenarrable; no obstante ella, junto con los discípulos, esperaba que mudara la penosa escena, y que Jesús manifestara su poder y apareciera ante sus enemigos como el Hijo de Dios. Pero de nuevo su corazón de madre desfalleció al recordar las palabras mediante las cuales él se había referido brevemente a las cosas que estaban sucediendo ese día.

Apenas pasó Jesús por la puerta de la casa de Pilato cuando trajeron la cruz preparada para Barrabás y la depositaron sobre sus hombros magullados y sangrantes. También cargaron con cruces a los compañeros de Barrabás que debían sufrir la muerte al mismo tiempo que Jesús. El Salvador llevó su cruz unos pocos pasos pero, por causa de la pérdida de sangre y el excesivo cansancio y dolor, cayó desmayado al suelo.

Cuando recuperó el sentido, nuevamente la colocaron sobre sus hombros y lo obligaron a avanzar. Vaciló unos pocos pasos mientras cargaba la pesada cruz, y entonces cayó al suelo como si estuviera sin vida. Al principio lo creyeron muerto, pero finalmente recuperó el conocimiento una vez más. Los sacerdotes y dirigentes no manifestaron la menor compasión por los sufrimientos de su víctima; pero se dieron cuenta de que le era imposible llevar un paso más ese instrumento de tortura. Mientras pensaban qué podían hacer, Simón, un Cireneo que venía en dirección contraria, se encontró con la multitud. Lo tomaron entonces, a instancias de los sacerdotes, y lo obligaron a llevar la cruz de Cristo. Los hijos de Simón eran discípulos de Jesús, pero él mismo nunca había tenido relación con él.

Una gran multitud siguió al Salvador al Calvario, y muchos de sus integrantes se burlaban de él y lo ridiculizaban; pero muchos lloraban y repetían sus alabanzas. Los que habían sido sanados de diversas enfermedades, los que habían resucitado de entre los muertos, se referían con voz fervorosa a sus maravillosas obras y manifestaban el deseo de saber qué había hecho para que se lo tratara como malhechor. Pocos días antes lo habían acompañado en medio de gozosos hosannas mientras sacudían ramas de palmeras cuando él entraba triunfalmente en Jerusalén. Pero muchos de los que habían dado clamores de alabanza, porque en ese momento era popular hacerlo, ahora lanzaban el grito de “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!” (Juan 19:6)

Clavado en la cruz.—Al llegar al lugar de ejecución, los condenados fueron atados a los instrumentos de tortura. Mientras los dos ladrones se debatían en manos de quienes los extendían sobre sus cruces, Jesús no ofreció resistencia. Su madre contempló la escena con agonizante suspenso, con la esperanza de que hiciera un milagro para salvarse. Vio sus manos extendidas sobre la cruz, esas manos queridas que siempre habían dispensado bendiciones y se habían alargado tantas veces para sanar a los que sufrían. Cuando trajeron martillos y clavos, y estos atravesaron la tierna carne de Jesús para asegurarlo a la cruz, los discípulos, con el corazón quebrantado, apartaron de la cruel escena el cuerpo desfalleciente de la madre de Cristo.

Por estas razones manifestó Dios su poder: para probar a su pueblo, para ver si confiaba en él después de darle tales pruebas de su cuidado y amor, y para reprender su incredulidad y murmuración.

Jesús no formuló queja alguna; su rostro seguía pálido y sereno, pero grandes gotas de sudor perlaban su frente. No hubo mano piadosa que enjugara de su rostro el rocío de la muerte, ni palabras de simpatía e inmutable fidelidad que sostuvieran su corazón humano. Estaba pisando totalmente solo el lagar, y del pueblo nadie estuvo con él. Mientras los soldados llevaban a cabo su odiosa tarea y él sufría la más aguda agonía, Jesús oró por sus enemigos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Esta oración de Cristo por sus enemigos abarca al mundo, pues se refiere a cada pecador que habrá de vivir hasta el fin del tiempo.

Después que Jesús fue clavado a la cruz, varios hombres fuertes la levantaron y la colocaron con gran violencia en el lugar preparado con ese fin, causando al Hijo de Dios la más dolorosa agonía. Y entonces se produjo una escena terrible. Los sacerdotes, dirigentes y escribas se olvidaron de la dignidad de sus sagrados cargos, y se unieron con la turba para burlarse y reírse del agonizante Hijo de Dios diciéndole: “Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo” (Lucas 23:37). Y otros repetían burlescamente entre ellos: “A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar” (Marcos 15:31). Los dignatarios del templo, los curtidos soldados, el mal ladrón en la cruz y los viles y crueles que se hallaban entre la multitud, todos se unieron para maltratar a Cristo.

Los ladrones crucificados con Jesús sufrieron la misma tortura física que él, pero uno de ellos se endureció; el dolor lo desesperó y le infundió rebeldía. Se unió a las burlas de los sacerdotes y fustigó a Jesús: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. El otro malhechor no era un criminal endurecido. Cuando oyó las diatribas de su compañero de fechorías, “lo reprendió, diciendo: ‘¿Ni siquiera estando en la misma condenación temes

tú a Dios? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; pero este ningún mal hizo”. Acto seguido, cuando su corazón sintió la atracción de Cristo, la iluminación celestial invadió su mente. En Jesús, magullado, escarnecido y colgado de una cruz, vio a su Redentor, su única esperanza, y se dirigió a él con fe humilde: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino. Entonces Jesús le dijo: ‘De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso’” (Lucas 23:39-43 [*si lo traducimos: “De cierto te digo hoy que estarás conmigo en el paraíso”, el texto nos da su verdadero significado*]).

Con asombro los ángeles consideraron el infinito amor de Jesús, quien, mientras sufría la más atroz agonía mental y física, sólo pensó en los demás y animó a creer al alma penitente. Al derramar su vida hasta la muerte manifestó un amor por los hombres más fuerte que la muerte. Muchos de los testigos de esas escenas del Calvario más tarde afirmaron su fe en Cristo.

Ahora los enemigos de Jesús aguardaban su muerte con impaciente esperanza. Creían que esos acontecimientos eliminarían para siempre los rumores de su poder divino y la maravilla de sus milagros. Se complacían en pensar que entonces no necesitarían temblar más por causa de su influencia. Los indiferentes soldados que extendieron el cuerpo de Jesús en la cruz se repartieron sus ropas y contendieron por una prenda tejida pero sin costura. Finalmente decidieron el asunto echando suertes. La pluma movida por la inspiración describió con exactitud esta escena cientos de años antes que ocurriera: “Perros me han rodeado; me ha cercado una banda de malignos; desgarraron mis manos y mis pies... Repartieron entre sí mis vestidos y sobre mí ropa echaron suertes” (Salmo 22:16, 18).

Lección de amor filial.—Los ojos de Jesús se pasaron sobre la multitud reunida para contemplar su muerte, y vio a los pies de la cruz a Juan que sostenía a María, su propia madre. Ella había regresado al lugar donde se desarrollaba la terrible escena, pues era incapaz de permanecer por más tiempo alejada de su Hijo. La última lección que Jesús dio fue de amor filial. Contempló el rostro dolorido de su madre y en seguida miró a Juan, y dirigiéndose a ella dijo: “Mujer, he ahí tu hijo”; y a continuación dijo al discípulo: “He ahí tu madre” (Juan 19:26, 27). Juan comprendió perfectamente las palabras de Jesús y el sagrado cometido que se le había confiado. Inmediatamente alejó a la madre de Cristo de la terrible escena del Calvario. Desde ese momento la cuidó como un hijo solícito y la llevó a su propia casa. El perfecto ejemplo de amor filial dado por Cristo resplandece sin haber perdido su fulgor en medio de las penumbras del pasado. Mientras soportaba aguda tortura no se olvidó de su madre, e hizo todas las provisiones necesarias para asegurar su futuro.

La misión terrenal de Cristo estaba casi terminada. Tenía la lengua seca y exclamó: “¡Tengo sed!” (Juan 19:28). Empaparon una esponja con vinagre e hiel y se la ofrecieron para que bebiera; al probarla, la rechazó. Y entonces el Señor de la vida y la gloria comenzó a agonizar como rescate por la especie humana. El sentimiento de pecado, que acarreó la ira del Padre sobre el sustituto del hombre, contribuyó a que la copa que bebía fuese muy amarga y quebrantara el corazón del Hijo de Dios.

En su condición de sustituto y seguro del hombre, la iniquidad de este fue depositada sobre Jesús; se lo contó entre los transgresores para poder redimirlos de la maldición de la Ley. La culpa de cada descendiente de Adán de todas las épocas oprimía su corazón; y la ira de Dios y la terrible manifestación de su disgusto por la iniquidad llenaron de consternación el alma de su Hijo. El apartamiento del rostro divino de junto al Salvador en esa hora de suprema angustia atravesó su corazón con un pesar que jamás podrá comprender el hombre. Cada espasmo soportado por el Hijo de Dios en la cruz, las gotas de sangre que fluyeron de su frente, sus manos y sus pies, las convulsiones de agonía que sacudieron su cuerpo y la indecible angustia que llenó su alma cuando su Padre ocultó su rostro de él, hablan al hombre: “Por amor a ti el Hijo de Dios consintió en permitir que esos terribles crímenes fueran depositados sobre él; por ti saqueó los dominios de la muerte y abrió las puertas del paraíso y la vida inmortal”. El que calmó las airadas olas por medio de su palabra y caminó sobre las ondas coronadas de espuma, quien hizo temblar a los demonios y logró que huyera la enfermedad al toque de su mano, el que resucitó muertos y abrió los ojos de los ciegos, se ofreció en la cruz como el único sacrificio en lugar del hombre. Él, el portador del pecado, soportó el castigo legal que merecía la iniquidad y se hizo pecado por el hombre.

Satanás hirió el corazón de Jesús con sus fieras tentaciones. El pecado, tan aborrecible a su vista, se acumuló sobre él hasta que gimió bajo su peso. No es maravilla que su humanidad temblara en esa hora terrible. Los ángeles fueron testigos asombrados de la desesperada agonía del Hijo de Dios, mucho mayor que su dolor físico que casi no sentía. Las huestes celestiales se cubrieron el rostro para no ver algo tan terrible.

La naturaleza inanimada manifestó simpatía hacia su agonizante e insultado Autor. El sol no quiso contemplar la terrible escena. La plenitud de sus rayos resplandecientes iluminaba la tierra al mediodía, cuando de repente pareció desaparecer. Espesas tinieblas, como si fueran un sudario, rodearon la cruz y toda la zona circundante. Las tinieblas duraron tres horas completas. A la hora nona la terrible oscuridad se apartó de la gente, pero siguió envolviendo al Salvador como si fuera un manto. Los furiosos relámpagos parecían dirigidos contra él mientras colgaba de la cruz. Entonces “Jesús clamó a gran

voz, diciendo: ‘¡Eloi, Eloi!, ¿lama sabactani? (que significa: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”)’ (Marcos 15:34).

“Consumado es”.—En silencio la gente contempló el final de esa impresionante escena. De nuevo el sol resplandeció, pero la cruz siguió rodeada de tinieblas. De repente la oscuridad se apartó de la cruz, y con tonos claros, como de trompeta, que parecían proyectar sus ecos por toda la creación, Jesús exclamó: “¡Consumado es!” “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Juan 19:30; Lucas 23:46). Un halo luminoso circundó la cruz, y el rostro del Salvador brilló con una gloria semejante a la del sol. Entonces inclinó la cabeza sobre el pecho y murió.

Cuando Cristo falleció, había sacerdotes sirviendo en el templo delante del velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo. De repente sintieron que la tierra temblaba bajo sus pies; y el velo del templo, una cortina fuerte que se renovaba cada año, fue rasgado de arriba bajo por la misma mano exangüe que escribió palabras condenatorias sobre los muros del palacio de Belsasar.

Jesús no depuso su vida hasta haber cumplido la obra que había venido a hacer; y exclamó con su último suspiro: “¡Consumado es!” Los ángeles se regocijaron cuando escucharon esas palabras, porque el gran plan de redención había sido llevado a cabo triunfalmente. Hubo gozo en el Cielo porque los hijos de Adán, de allí en adelante, y gracias a una vida de obediencia, podrían ser llevados finalmente a la presencia de Dios. Satanás había sido derrotado; el maligno supo que su reino estaba perdido.

La sepultura.—Juan no sabía qué medidas tomar con respecto al cuerpo de su amado Maestro. Temblaba al pensar que podría ser manoseado por soldados rudos e insensibles y depositado en un sepulcro indigno. Sabía que no podría conseguir favores de las autoridades judías, y muy pocos de Pilato. Pero José y Nicodemo hicieron frente a esa emergencia. Los dos eran miembros del Sanedrín y conocían a Pilato. Ambos eran ricos e influyentes. Estaban decididos a conseguir que el cuerpo de Jesús tuviera una sepultura honorable.

José enfrentó osadamente a Pilato y le pidió que le diera el cuerpo de Jesús para sepultarlo. Este dio entonces una orden oficial para que le fuera entregado. Mientras Juan, el discípulo, estaba ansioso y perturbado por los sagrados restos de su amado Maestro, José de Arimatea volvió con la autorización del gobernador; y Nicodemo, anticipándose al resultado de la entrevista de José con Pilato, vino con una costosa mezcla de mirra y áloes de unos 50 kilos de peso. Los más honrados de Jerusalén no hubieran recibido mayores muestras de respeto en ocasión de su muerte.

Con suavidad y reverencia estos hombres retiraron con sus propias manos el cuerpo de Jesús del instrumento de tortura, mientras lágrimas de simpatía rodaban por sus mejillas al contemplar el cuerpo lacerado del Señor, el cual bañaron y limpiaron cuidadosamente de toda mancha de sangre. José era dueño de una tumba cavada en la roca, reservada para sí mismo; estaba cerca del Calvario, y allí preparó sepulcro para Jesús. El cuerpo, junto con las sustancias aromáticas traídas por Nicodemo, fue envuelto cuidadosamente en un lienzo de lino, y los tres discípulos llevaron su preciosa carga a ese sepulcro nuevo, donde nadie había yacido todavía. Extendieron los magullados miembros y doblaron las laceradas manos para colocarlas sobre el pecho inmóvil. Las mujeres galileas se aproximaron para verificar que se hubiera hecho todo lo que se podía hacer para el cuerpo sin vida de su amado Maestro. Vieron entonces cómo se colocaba la pesada piedra a la entrada del sepulcro, y el Hijo de Dios quedó descansando allí. Las mujeres se quedaron hasta el final junto a la cruz y junto a la tumba de Cristo.

Aunque los dirigentes habían llevado a cabo su malvado propósito de dar muerte al Hijo de Dios, su aprensión no disminuyó, ni murió su envidia de Cristo. Mezclado con el gozo de la venganza satisfecha se hallaba presente el temor de que su cadáver, en la tumba de José, surgiera de nuevo a la vida. Por tanto “los principales sacerdotes y los fariseos [*comparecieron*] ante Pilato y le dijeron: ‘Señor, nos acordamos que aquel mentiroso, estando en vida, dijo: “Después de tres días resucitaré”. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos de noche, lo hurten y digan al pueblo: “Resucitó de entre los muertos”. Y será el último engaño peor que el primero’” (Mateo 27:62-64). Pilato, tal como los judíos, tenía muy pocos deseos de que Jesús resucitara para castigar a los que le habían dado muerte, de modo que puso un grupo de soldados romanos a las órdenes de los sacerdotes.

Los judíos vieron la ventaja de tener esa guardia en la tumba de Jesús. Sellaron la piedra que cerraba el sepulcro para que nadie pudiera moverla sin que se supiera, y tomaron todas las precauciones necesarias para que los discípulos no pudieran llevar a cabo ningún engaño con respecto al cuerpo de Jesús. Pero todos sus planes y precauciones sólo sirvieron para que el triunfo de la resurrección fuera más completo y su verdad más plenamente establecida.

La conquista

RESURRECCIÓN DE CRISTO

Los discípulos reposaron el sábado, apenados por la muerte de su Señor, en tanto Jesús, el Rey de gloria, permanecía en la tumba. Mientras la noche transcurría, había soldados que montaban guardia junto al lugar de descanso del Salvador; y al mismo tiempo los ángeles, invisibles, estaban reunidos en ese sagrado lugar. La noche seguía lentamente su curso, y mientras aún estaba oscuro, los ángeles guardianes se dieron cuenta de que casi había llegado el momento de la liberación del amado Hijo de Dios, su querido Comandante. Mientras aguardaban con profunda emoción la hora de su triunfo, un poderoso ángel vino volando velozmente desde el Cielo. Su rostro era como el relámpago y sus vestiduras blancas como la nieve. Su luz disipó las tinieblas a su paso, e hizo que los ángeles malos, que con voz de triunfo habían reclamado el cuerpo de Jesús, huyeran aterrorizados ante el resplandor de su gloria. Uno de los ángeles que habían sido testigos de las escenas de la humillación de Cristo, y que habían montado guardia junto a su lugar de descanso, se unió al ángel del Cielo y juntos descendieron al sepulcro. La tierra tembló cuando ellos se acercaron, y se produjo un gran terremoto.

El terror se apoderó de la guardia romana. ¿Dónde estaba su poder para conservar el cuerpo de Jesús? No pensaron ni en su deber ni en la posibilidad de que los discípulos se lo llevaran. Cuando la luz de los ángeles resplandeció alrededor de ellos, con un brillo mayor que el del sol, la guardia romana cayó al suelo como muerta. Uno de los ángeles retiró la gran piedra que cubría la puerta del sepulcro y se sentó sobre ella. El otro entró en la tumba y desató los vendajes que cubrían la cabeza de Jesús.

“Tu Padre te llama”.—Entonces el ángel del Cielo, con una voz que hizo temblar la tierra, exclamó: “¡Tú, Hijo de Dios, tu Padre te llama! ¡Sal fuera!” La muerte ya no podía ejercer más dominio sobre él. Jesús se levantó de entre los muertos triunfante y vencedor. La hueste angélica contempló la escena con solemne reverencia. Y cuando Jesús salió del sepulcro, los ángeles

resplandecientes se postraron en tierra y lo adoraron y lo alabaron con himnos de victoria y de triunfo.

El informe de la guardia romana.—Cuando la hueste de ángeles celestiales se apartó del sepulcro y se disiparon la luz y la gloria, los guardias romanos se atrevieron a levantar la cabeza y a mirar a su alrededor. Se llenaron de asombro cuando vieron que la gran piedra había sido retirada de la puerta del sepulcro y que el cuerpo de Jesús no estaba más allí. Se apresuraron a ir a la ciudad para dar a conocer a los sacerdotes y ancianos lo que habían visto. Cuando esos asesinos escucharon el maravilloso informe, sus rostros empalidecieron. El horror se apoderó de ellos cuando se dieron cuenta de lo que habían hecho. Si el informe era correcto, estaban perdidos. Por unos momentos se sentaron en silencio contemplándose los unos a los otros sin saber qué hacer ni qué decir. Aceptar el informe equivalía a condenarse a sí mismos. Salieron para consultarse sobre lo que debía hacerse. Se dijeron que si el informe traído por la guardia comenzaba a circular entre la gente, los que dieron muerte a Cristo serían condenados como sus asesinos.

Decidieron pagar a los soldados para que guardaran el secreto. Los sacerdotes y ancianos les ofrecieron una gran suma de dinero diciéndoles: “Decid vosotros: ‘Sus discípulos llegaron de noche y lo hurtaron mientras nosotros estábamos dormidos’” (Mateo 28:13). Y cuando los miembros de la guardia les preguntaron qué iba a pasar con ellos por quedarse dormidos en sus puestos, los dirigentes judíos les prometieron persuadir al gobernador y asegurar de ese modo su tranquilidad. Por causa del dinero la guardia romana decidió vender su honra y estuvo de acuerdo en seguir el consejo de los sacerdotes y ancianos.

Los primeros frutos de la redención.—Cuando Cristo pendía de la cruz y exclamó “¡Consumado es!”, las rocas se partieron, la tierra tembló y algunas tumbas se abrieron. Al levantarse como triunfador sobre la muerte y el sepulcro, mientras la tierra se sacudía y la gloria del Cielo resplandecía en torno del lugar sagrado, muchos de los justos muertos, obedientes a su llamado, salieron como testigos de que Jesús había resucitado. Esos santos favorecidos y resucitados surgieron glorificados de la tumba. Eran escogidos y santos de todas las edades, desde la creación hasta los días de Cristo. De manera que mientras los dirigentes judíos trataban de ocultar el hecho de que Jesús había resucitado, Dios decidió hacer salir a un grupo de personas de sus tumbas para que dieran testimonio de que Cristo había resucitado y para que declararan su gloria.

Los que salieron de sus tumbas después de la resurrección de Jesús se apa-

recieron a muchos diciéndoles que se había completado el sacrificio en favor del hombre; que Jesús, a quien los judíos habían crucificado, había resucitado de entre los muertos, y como prueba de sus palabras declararon: “Nosotros resucitamos con él”. Dieron testimonio en el sentido de que por el poder de Jesús habían sido llamados a salir de la tumba. A pesar de los informes mentirosos que comenzaron a circular, la resurrección de Cristo no pudo ser escondida por Satanás, sus ángeles o los principales sacerdotes; porque este grupo santo surgido de la tumba diseminó las maravillosas y gozosas noticias. El mismo Jesús se manifestó también a sus apenados y quebrantados discípulos, con el fin de disipar sus temores e infundirles gozo y alegría.

Las mujeres en el sepulcro.—Muy temprano en la mañana del primer día de la semana, antes que amaneciera, las santas mujeres acudieron a la tumba con especias aromáticas para unguir el cuerpo de Jesús. Descubrieron que la pesada piedra había sido retirada de la puerta del sepulcro y que el cuerpo de Jesús no estaba allí. Sus corazones se conmovieron y temieron que sus enemigos hubiesen retirado el cuerpo. Repentinamente vieron a dos ángeles recubiertos de blanco atuendo, con sus rostros resplandecientes. Estos seres celestiales comprendieron el motivo de la presencia de las mujeres e inmediatamente les dijeron que Jesús no estaba allí; que había resucitado, pero podían contemplar el lugar donde había sido puesto. Les indicaron que dijeran a sus discípulos que él se había adelantado para encontrarse con ellos en Galilea. Con temor y gran alegría las mujeres se apresuraron a encontrarse con los apesadumbrados discípulos y les dijeron lo que habían visto y oído.

Estos no podían creer que Cristo hubiese resucitado, pero se apresuraron a ir al sepulcro con las mujeres que trajeron ese informe. Descubrieron que Jesús no estaba allí; vieron los lienzos, pero no creyeron las buenas noticias de que hubiese resucitado de entre los muertos. [*Aun así*] regresaron maravillados por lo que habían visto y por el informe que les dieran las mujeres.

Pero María Magdalena decidió quedarse cerca del sepulcro, meditando en lo que había visto y preocupada por el pensamiento de que podría haber sido engañada. Presentía que le aguardaban nuevas pruebas. Sus penas renacieron y explotó en amargo llanto. Se aproximó para ver una vez más el sepulcro, y vio a dos ángeles vestidos de blanco. Uno estaba sentado donde había reposado la cabeza de Jesús, y el otro donde habían estado sus pies. Le hablaron tiernamente y le preguntaron por qué lloraba. Ella replicó: “Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto” (Juan 20:13).

“No me toques”.—Al apartarse del sepulcro vio a Jesús de pie cerca de allí, pero no lo reconoció. Él le habló con ternura, preguntándole por qué estaba

triste y a quién buscaba. Supuso que era el jardinero, y le rogó que si se había llevado a su Señor, le dijera dónde lo había puesto, para que ella se lo pudiera llevar. Jesús le habló con su voz celestial y le dijo: “¡María!” Ella conocía muy bien los matices de esa voz amada, y le respondió con prontitud: “¡Maestro!”, e impulsada por su gozo estuvo a punto de abrazarlo; pero Jesús le dijo: “¡Suéltame!, porque aún no he subido a mi Padre; pero ve a mis hermanos y diles: ‘Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios’” (Juan 20:16, 17). Gozosamente se apresuró a llevar las buenas nuevas a los discípulos. Jesús rápidamente ascendió a su Padre para oír de sus labios que había aceptado su sacrificio y para recibir toda potestad en los cielos y en la Tierra.

*El ángel del Cielo exclamó:
“¡Tú, Hijo de Dios, tu
Padre te llama! ¡Sal fuera!”
La muerte ya no podía
ejercer más dominio sobre
él. Jesús se levantó de entre
los muertos triunfante y
vencedor.*

Mientras Jesús estaba con esa resplandeciente hueste celestial en presencia de Dios y rodeado por su gloria, no se olvidó de sus discípulos en la Tierra, sino que recibió potestad de su Padre para regresar y darles poder. Ese mismo día regresó y se manifestó a sus discípulos. Les permitió que lo tocaran, porque ya había ascendido a su Padre y había recibido poder.

Tomás y sus dudas.—Tomás no estuvo presente en esa ocasión. No quiso recibir con humildad el informe de los discípulos, sino que insistió con firmeza y confianza propia que no creería a menos que pusiera sus dedos en las señas de los clavos en sus manos y en su costado, donde había penetrado ese lanzazo cruel. De este modo manifestó falta de confianza en sus hermanos. Si todos pretendieran que se les diera esta misma evidencia, nadie recibiría ahora a Jesús ni creería en su resurrección. Pero era la voluntad de Dios que los que no pudieron ver ni oír por sí mismos al Salvador resucitado, recibieran el informe de los discípulos.

La incredulidad de Tomás no agradó a Dios. Cuando Jesús se encontró de nuevo con los discípulos, Tomás estaba con ellos; y cuando vio a Jesús, creyó. Pero había afirmado que no se sentiría satisfecho si en la evidencia no participaba otro sentido además de la vista, y Jesús le dio la evidencia que deseaba. Tomás exclamó: “¡Señor mío y Dios mío!”, pero Jesús lo reprendió por su incredulidad y le dijo: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron” (Juan 20:28, 29).

El desconcierto del asesino de Cristo.—Cuando las noticias se diseminaron de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, los judíos a su vez temieron

por sus vidas y ocultaron el odio que sentían por los discípulos. Su única esperanza consistía en esparcir su informe mentiroso. Y quienes deseaban que esa mentira fuera verdad, lo aceptaron. Pilato tembló cuando oyó decir que Cristo había resucitado. No podía albergar dudas acerca del testimonio que se había dado, y desde ese momento la paz lo abandonó para siempre. Por causa del honor mundanal, por temor a perder su autoridad y su vida, había entregado a Jesús a la muerte. Ahora se convenció plenamente de que era culpable no sólo de la sangre de un hombre inocente, sino de la del Hijo de Dios. La vida de Pilato fue miserable hasta el mismo fin. La desesperación y la angustia desmenuzaron cada sentimiento de esperanza y de alegría. No quiso ser consolado y murió una muerte miserable.

Cuarenta días con sus discípulos.—Jesús permaneció 40 días con sus discípulos, provocándoles gozo y alegría de corazón al abrirles más plenamente las realidades del reino de Dios. Los comisionó para que dieran testimonio de las cosas que habían visto y oído concernientes a sus sufrimientos, su muerte y su resurrección; que había hecho un sacrificio por causa del pecado, y que todos los que quisieran podían acudir a él y encontrar vida. Con fiel ternura les dijo que serían perseguidos y pasarían por pruebas, pero que encontrarían alivio al recordar su experiencia y las palabras que él les había hablado. Les dijo que él había vencido las tentaciones de Satanás y logrado la victoria por medio de pruebas y sufrimientos. Que Satanás no tendría más poder sobre él, por lo que lanzaría sus tentaciones más directas sobre ellos y sobre los que creyeran en su nombre. Pero que podrían vencer como él había vencido. Jesús dotó a sus discípulos de poder para obrar milagros, y les dijo que aunque fueran perseguidos por los hombres impíos, de vez en cuando les enviaría sus ángeles para que los librarán; nadie les quitaría la vida hasta que su misión no estuviera terminada; entonces se les podría requerir que sellaran con su sangre el testimonio que habían dado.

Sus ansiosos seguidores escuchaban con alegría sus enseñanzas, disfrutando de cada palabra que surgía de sus santos labios. Ahora sabían ciertamente que era el Salvador del mundo. Sus palabras penetraron profundamente en su corazón, y comenzaron a apesadumbrarse de que pronto tendrían que separarse de su Maestro celestial y no oírían más las palabras consoladoras y llenas de gracia que procedían de sus labios. Pero una vez más sus corazones se llenaron de amor y de suprema alegría cuando Jesús les dijo que iría a preparar mansiones para ellos y vendría otra vez para recibirlos con el fin de estuvieran para siempre con él. También les prometió enviarles el Consolador, el Espíritu Santo, para que los guiara a toda verdad. “Y, alzando sus manos, los bendijo” (Lucas 24:50).

LA ASCENSIÓN DE CRISTO

Todo el Cielo estaba esperando la hora de victoria cuando Jesús ascendería a su Padre. Los ángeles acudieron a recibir al Rey de gloria para escoltarlo en triunfo en su camino al Cielo. Cuando Jesús bendijo a sus discípulos se separó de ellos y fue arrebatado hacia las alturas. Y cuando ascendía lo siguió la multitud de cautivos que se habían levantado de sus tumbas en ocasión de su resurrección. Lo acompañaba un enorme grupo de ángeles, mientras en el Cielo un innumerable conjunto de seres angelicales aguardaba su llegada.

Entonces toda la hueste celestial rodeó a su majestuoso Comandante, y con la más profunda adoración se inclinaron ante él y depusieron sus coronas resplandecientes poniéndolas a sus pies. A continuación pulsaron sus arpas de oro, y en acordes dulces y melodiosos llenaron el Cielo con rica música e himnos en honor del Cordero que fue inmolado y que no obstante vivía otra vez en majestad y gloria.

La promesa del regreso.—Mientras los discípulos contemplaban apenados hacia el cielo para captar la última visión de su Señor que se remontaba en las alturas, dos ángeles vestidos de blanco se pusieron junto a ellos y les dijeron: “Galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como lo habéis visto ir al cielo” (Hechos 1:11). Los discípulos pasaron la noche siguiente conversando sobre sus maravillosos actos y los extraños y gloriosos acontecimientos que habían ocurrido en tan corto tiempo.

La ira de Satanás.—Satanás nuevamente se reunió en consejo con sus ángeles, y con amargo odio contra el gobierno de Dios les dijo que mientras retuviera su poder y su autoridad sobre la Tierra, sus esfuerzos debían decuplicarse contra los seguidores de Jesús. No habían logrado prevalecer contra Cristo, pero, de ser posible, debían derrotar a sus seguidores. En cada generación debían tratar de entrapar a los que creyeran en Jesús. Entonces los ángeles de Satanás salieron como leones rugientes para tratar de destruir a los seguidores de Jesús.

La apostasía

Cuando Jesús reveló a sus discípulos el destino de Jerusalén y las escenas relativas a su segundo advenimiento, predijo también la experiencia de su pueblo desde el momento cuando se separaría de ellos hasta su regreso con poder y gloria para librarlos. Desde el Monte de los Olivos el Salvador contempló la tormenta que estaba por caer sobre la iglesia apostólica y, al penetrar más profundamente en el futuro, su ojo distinguió la fiera y devastadora tempestad que azotaría a sus seguidores en las edades venideras de oscuridad y persecución. En pocas y breves palabras de terrible significado, predijo la porción que los gobernantes de este mundo asignarían a la iglesia de Dios. Los seguidores de Cristo debían transitar la misma senda de humillación, reproche y sufrimiento que había recorrido su Maestro. La enemistad que se había manifestado hacia el Redentor del mundo se manifestaría también contra todos los que creyeran en su nombre.

La historia de la Iglesia Primitiva testimonia del cumplimiento de las palabras del Salvador. Los poderes de la Tierra y el infierno se coligaron contra Cristo en la persona de sus seguidores. El paganismo previó que si el evangelio triunfaba, sus templos y altares serían barridos; por tanto, reunió sus fuerzas para destruir a la cristiandad. Se encendieron los fuegos de la persecución. Se expropiaron las posesiones de los cristianos y se los arrojó de sus hogares. Soportaron gran lucha y aflicción. “Experimentaron oprobios, azotes y, a más de esto, prisiones y cárceles” (Hebreos 11:36). Muchos de ellos sellaron su testimonio con su sangre. Los nobles y los esclavos, los ricos y los pobres, los eruditos y los ignorantes fueron igualmente asesinados sin misericordia.

Vanos fueron los esfuerzos de Satanás para destruir a la iglesia de Cristo por medio de la violencia. El gran conflicto no cesó porque los fieles portaestandartes cayeron en sus puestos. Triunfaron por medio de la derrota. Los obreros de Dios fueron asesinados, pero la obra de Dios siguió firmemente adelante. El evangelio se siguió esparciendo, y el número de sus adherentes creció. Llegó a regiones inaccesibles, incluso hasta las águilas de Roma. Un cristiano, que discutía con los gobernantes paganos que fomentaban la persecución, dijo lo siguiente: “Pueden matarnos, torturarnos, condenarnos...

Vuestra injusticia es la prueba de que somos inocentes... Vuestra crueldad... no les servirá de nada". Era una poderosa invitación más para atraer a otros a su fe. "Mientras más a menudo nos aplasten, más rápidamente crece nuestro número; la sangre de los cristianos es semilla".

Miles fueron encarcelados y asesinados; pero otros ocuparon sus lugares. Los que sufrieron el martirio por su fe quedaron seguros en Cristo, y él los considera vencedores. Pelearon la buena batalla, y recibirán la corona de gloria cuando Jesús venga. Los sufrimientos soportados acercaron a los cristianos unos a otros y a su Redentor. El ejemplo de los vivos y el testimonio de los muertos eran un constante apoyo de la verdad; y donde menos se esperaba, los súbditos de Satanás lo abandonaban y se alistaban bajo la bandera de Cristo.

Se transige con el paganismo.—En consecuencia, Satanás trazó planes para tener más éxito contra Dios clavando su estandarte en el seno de la Iglesia Cristiana. Si los seguidores de Cristo podían ser engañados e inducidos a desagradar a Dios, su fortaleza y firmeza fallarían, y serían fácil presa para él.

Entonces el gran adversario trató de obtener por medio de la astucia lo que no había logrado por medio de la fuerza. La persecución cesó, y su lugar lo ocuparon las peligrosas tentaciones de la prosperidad temporal y los honores mundanos. Se indujo a los idólatras a aceptar parte de la fe cristiana mientras rechazaban otras verdades esenciales. Profesaban aceptar a Jesús como Hijo de Dios y creer en su muerte y su resurrección; pero no estaban convencidos de pecado y no sentían necesidad de arrepentirse ni de cambiar su corazón. Dando algunas concesiones, propusieron que los cristianos también las hicieran, para que todos pudieran unirse sobre la plataforma de la fe en Cristo.

Ahora la iglesia se encontraba en un terrible peligro. Las prisiones, la tortura, el fuego y la espada eran bendiciones en comparación con esto. Algunos cristianos se mantuvieron firmes y declararon que no podían transigir. Otros razonaron que si cedían o modificaban algunas de las características de su fe, y se unían con los que habían aceptado parcialmente el cristianismo, por ese medio se podría lograr su plena conversión. Fue un período de profunda angustia para los fieles seguidores de Cristo. Bajo el manto de un pretendido cristianismo, Satanás mismo se estaba insinuando en la iglesia para corromper su fe y apartar las mentes de la palabra de verdad.

Finalmente la mayoría de los cristianos rebajó sus normas, y se estableció una unión entre el cristianismo y el paganismo. Aunque los adoradores de ídolos profesaron estar convertidos y unidos a la iglesia, seguían aferrados a su idolatría; sólo mudaron el objeto de su adoración a imágenes de Jesús, e incluso a imágenes de María y los santos. La inmunda levadura de la idolatría, introducida de este modo en la iglesia, continuó su obra funesta. Doctrinas

sin fundamento, ritos supersticiosos y ceremonias idolátricas se incorporaron a su fe y su culto. A medida que los seguidores de Cristo se unían con los idólatras, la religión cristiana se corrompía y la iglesia perdía su pureza y su poder. Sin embargo, hubo algunos que no fueron desviados por esos engaños. Conservaron su fidelidad al Autor de la verdad y sólo adoraban a Dios.

Siempre hubo dos clases entre los que profesan ser seguidores de Cristo. Mientras una clase estudia la vida del Salvador y trata fervorosamente de corregir sus defectos y conformarse al Modelo, otra descarta las verdades claras y prácticas que exponen sus errores. Aún en su mejor condición la iglesia no ha estado totalmente formada por leales, puros y sinceros. Nuestro Salvador enseñó que quienes se entregan voluntariamente al pecado no deben ser recibidos en la iglesia; no obstante, él relacionó consigo mismo a hombres de carácter defectuoso y les concedió los mismos beneficios de sus enseñanzas y su ejemplo, para que tuvieran la oportunidad de ver sus errores y corregirlos.

Pero no hay unión entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas, y no puede haber unión entre sus seguidores. Cuando los cristianos consintieron en unirse con los paganos semiconvertidos, se introdujeron en una senda que los apartaría más y más de la verdad. Satanás gozaba al ver que había tenido éxito en engañar a un número tan grande de seguidores de Cristo. Entonces logró que su poder se manifestara más plenamente sobre ellos, y los inspiró a perseguir a los que permanecían fieles a Dios. Nadie podía saber mejor cómo oponerse a la verdadera fe cristiana que los que habían sido sus defensores; y esos cristianos apóstatas, unidos a compañeros semipaganos, se dedicaron a atacar los aspectos más esenciales de la doctrina de Cristo.

Se necesitaba una lucha desesperada por parte de los que querían ser fieles para mantenerse firmes contra las abominaciones y los engaños disfrazados con ropaje sacerdotal que se introdujeron en la iglesia. No se aceptó la Biblia como norma de fe. La doctrina de la libertad religiosa fue calificada de herejía, y sus sostenedores aborrecidos y proscritos.

Separación necesaria.—Después de un largo y severo conflicto, los pocos fieles decidieron separarse completamente de la iglesia apóstata si continuaba rehusando apartarse de la falsedad y la idolatría. Se dieron cuenta de que la separación era una necesidad imprescindible si querían obedecer la Palabra de Dios. No se atrevieron a tolerar errores fatales para sus propias almas y dar un ejemplo que podría poner en peligro la fe de sus hijos y nietos. Para asegurar la paz y la unidad estaban dispuestos a hacer cualquier concesión que estuviera de acuerdo con la fidelidad a Dios; pero creían que ni siquiera la paz debía ser conseguida al precio tan exorbitante del sacrificio de los principios. Si la unidad sólo podía obtenerse mediante el abandono de la verdad

y la justicia, entonces decidieron que hubiera diferencias e incluso guerra. ¡Cuán bueno sería para la iglesia y el mundo si los principios que inspiraron a estas almas fieles revivieran en los corazones de los profesos hijos de Dios!

El apóstol Pablo declara que “todos los que quieren vivir píamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). ¿Por qué, entonces, parece que la persecución estuviera sumida en una somnolencia tan grande? La única razón es que la iglesia se ha conformado al vaivén del mundo, y por tanto no suscita oposición. La religión en nuestros días no participa de la naturaleza pura y santa que caracterizaba la fe cristiana en los días de Cristo y sus apóstoles. Hoy el cristianismo parece muy popular en el mundo sólo por causa de la actitud de transigencia con el pecado, porque las grandes verdades de la Palabra de Dios se consideran con indiferencia y porque hay poca piedad vital en la iglesia. Si revivieran la fe y el poder de la iglesia primitiva, el espíritu de persecución se reavivaría y sus fuegos volverían a encenderse.

Los seguidores de Jesús se llenaron de alegría cuando les dijo que iría al Cielo a preparar mansiones para ellos y todos los que creyeran en él, y que vendría por segunda vez.

EL MISTERIO DE LA INIQUIDAD

El apóstol Pablo predijo la gran apostasía que daría como resultado el establecimiento del poder papal. Declaró que el día de Cristo no vendría “sin que antes venga la apostasía y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto, que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios”. Y más adelante advirtió a sus hermanos: “Ya está en acción el misterio de la iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:3, 4, 7). Ya en aquella época vio cómo se introducían subrepticamente en la iglesia los errores que habrían de preparar el camino para el desarrollo del papado.

Poco a poco, al principio con cautela y en silencio, y más tarde en forma más abierta, el misterio de la iniquidad llevó a cabo su obra engañosa y blasfema, y aumentó su fortaleza para lograr el dominio de la mente de los hombres. Casi imperceptiblemente las costumbres paganas se introdujeron en la Iglesia Cristiana. El espíritu de transigencia y conformidad fue restringido por un tiempo por causa de la fiera persecución que sufrió la iglesia bajo el paganismo. Pero cuando la persecución cesó, y el cristianismo entró en las cortes y los palacios de los reyes, la iglesia puso a un lado la humilde sencillez de Cristo y los apóstoles para adoptar la pompa y el orgullo de los sacerdotes y gobernantes paganos; y en lugar de los mandamientos de Dios puso teorías y

tradiciones humanas. La conversión nominal de Constantino a principios del siglo IV causó gran regocijo, y el mundo, vestido con el manto de la justicia, se introdujo en la iglesia. De allí en adelante la obra corruptora progresó rápidamente. El paganismo, vencido en apariencia, fue realmente el vencedor. Su espíritu dominó a la iglesia. Sus doctrinas, ceremonias y supersticiones llegaron a formar parte de la fe y el culto de los profesos seguidores de Cristo.

Esta mezcla de paganismo y cristianismo dio como resultado el desarrollo del hombre de pecado predicho en la profecía, el cual habría de oponerse a Dios y exaltarse sobre él. Ese gigantesco sistema de religión falsa es la obra maestra del poder de Satanás: un monumento a sus esfuerzos por ocupar el trono y gobernar la Tierra de acuerdo con su voluntad.

Una de las doctrinas cardinales del catolicismo es que el Papa es la cabeza visible de la iglesia universal de Cristo, investido con autoridad suprema sobre los obispos y los pastores en todo el mundo. Más aún, el Papa se ha arrogado los mismos títulos de la Deidad.

Satanás sabía muy bien que las Sagradas Escrituras capacitarían a los hombres para descubrir sus engaños y resistir su poder. Incluso el Salvador del mundo resistió sus ataques por medio de la Palabra. En cada uno de sus asaltos, Cristo empleó el escudo de la verdad eterna al decir: “Escrito está”. A cada sugerencia del adversario opuso la sabiduría y el poder de la Palabra. Para que Satanás pudiera conservar su dominio sobre los hombres y afirmar la autoridad del usurpador papal, debía mantenerlos ignorantes acerca de las Escrituras. La Biblia exalta a Dios y pone al hombre finito en su correcta ubicación; por tanto, sus sagradas verdades deben ser ocultadas y suprimidas. Esa fue la lógica adoptada por la Iglesia de Roma. Por cientos de años impidió la circulación de la Biblia. Se prohibía a la gente que la leyera o que la tuviera en sus hogares, y sacerdotes y prelados carentes de principios interpretaban sus enseñanzas de manera que apoyaran sus pretensiones. De esa manera el Papa llegó a ser casi universalmente reconocido como representante de Dios en la Tierra, dotado de autoridad suprema sobre la Iglesia y el Estado.

Cambio de los tiempos y la Ley.—Al eliminar el detector de errores, Satanás obró de acuerdo con su voluntad. La profecía decía que el papado pensaría en “cambiar los tiempos y la Ley” (Daniel 7:25). No se demoró en intentar esa obra. Para permitir que los paganos se convirtieran y encontrarán un sustituto de los ídolos que adoraban, y para promover su aceptación nominal del cristianismo, se introdujo gradualmente en el culto cristiano la adoración de imágenes y reliquias. El decreto de un concilio general finalmente confirmó ese sistema de idolatría. Para completar su obra impía, Roma se atrevió a eliminar el 2º mandamiento de la Ley de Dios, que prohíbe la ado-

ración de imágenes, y dividir el 10° en dos para conservar el número exacto.

Esa actitud de retroceso ante el paganismo abrió el camino para apartarse aún más de la autoridad del Cielo. Satanás atacó al cuarto mandamiento también, y trató de poner a un lado el antiguo sábado, que Dios había bendecido y santificado, para exaltar en su lugar la fiesta que guardaban los paganos con el nombre de “venerable día del sol”. Al principio ese cambio no se llevó a cabo abiertamente. En los primeros siglos todos los cristianos guardaban el sábado. Cuidaban celosamente el honor de Dios, y como creían que su Ley era inmutable, conservaban religiosamente el carácter sagrado de sus preceptos. Pero con gran sutileza Satanás obró por medio de sus instrumentos para lograr sus propósitos. Para que la atención de la gente se dirigiera al domingo, lo convirtió en una festividad en honor de la resurrección de Cristo. Se celebraban servicios religiosos ese día; no obstante, se lo consideraba aún como un día de recreación, y el sábado seguía siendo guardado religiosamente.

Constantino, mientras todavía era pagano, promulgó un decreto para apoyar la observancia del domingo como festividad pública en el Imperio Romano. Después de su conversión siguió siendo un ferviente abogado del domingo, y su edicto pagano se puso en vigencia en provecho de su nueva fe. Pero el honor manifestado hacia ese día no era suficiente para impedir que los cristianos consideraran el sábado como día santo del Señor. Había que dar otro paso: el falso día de reposo debía ser exaltado para igualarlo con el verdadero. Pocos años después de la promulgación del decreto de Constantino los obispos de Roma le confirieron al domingo el título de “día del Señor”. De ese modo se indujo gradualmente a la gente a considerarlo como poseyendo un cierto grado de santidad. Pero aun así se seguía guardando el sábado original.

El archienañador no había terminado su obra. Estaba resuelto a reunir al mundo cristiano bajo su estandarte y a ejercer su poder por medio de su representante: el orgulloso pontífice que pretendía ser el representante de Cristo. Logró cumplir sus propósitos por medio de paganos semiconvertidos, preladados ambiciosos y miembros de iglesia mundanos. Se celebraron grandes concilios, a los que concurrían dignatarios de la iglesia procedentes de todas partes del mundo. En casi cada uno de ellos se degradaba un poco más el sábado que Dios había instituido, mientras en forma proporcional se exaltaba el domingo. De ese modo la festividad pagana finalmente llegó a ser honrada como una institución divina, mientras al sábado de la Biblia se lo declaró reliquia del judaísmo y se insistió en que su observancia era maldita.

El gran apóstata logró éxito al exaltarse a sí mismo “contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto” (2 Tesalonicenses 2:4). Se había atrevido a cambiar el único precepto de la Ley divina que en forma inconfundible señala a toda la humanidad al Dios verdadero y viviente. En el cuarto mandamiento

Dios se presenta como Creador de los cielos y la Tierra, y por tanto como distinto de todos los dioses falsos. El séptimo día fue santificado para que fuera un día de reposo para el hombre, como un monumento de la obra de la creación. Se lo instituyó para que mantuviera al Dios viviente siempre delante de las mentes como la fuente de todo ser y objeto de reverencia y culto. Satanás trató de desviar a los hombres para que no manifestaran lealtad a Dios ni rindieran obediencia a su Ley; por tanto, dirigió sus esfuerzos especialmente contra ese mandamiento que señala a Dios como Creador.

Los protestantes insisten ahora en que la resurrección de Cristo en domingo es el origen del día de reposo cristiano. Pero no hay evidencias bíblicas para esto. Ni Cristo ni los apóstoles le dieron tal honor a ese día. La observancia del domingo como institución cristiana tiene sus orígenes en el “misterio de la iniquidad” que, ya en los días de Pablo, había comenzado a obrar. ¿Qué razones valederas se pueden presentar para justificar un cambio acerca del cual las Escrituras guardan silencio?

En el siglo VI el papado ya estaba firmemente establecido. La sede de su poder se hallaba en la ciudad imperial, y se declaró que el obispo de Roma era la cabeza de toda la iglesia. El paganismo había cedido su lugar al papado. El dragón había dado a la bestia “su poder, su trono y gran autoridad” (Apocalipsis 13:2). Y entonces comenzaron los 1.260 años de opresión papal predichos en las profecías de Daniel y Juan (Daniel 7:25; Apocalipsis 13:5-7). Los cristianos se vieron obligados a elegir entre renunciar a su integridad y aceptar las ceremonias y el culto católico, o pasarse la vida en las mazmorras, o morir en el potro, en la hoguera o víctimas del hacha del verdugo. Entonces se cumplieron las palabras de Jesús: “Seréis entregados aun por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos; y matarán a algunos de vosotros. Seréis odiados por todos por causa de mi nombre” (Lucas 21:16, 17). La persecución se desató sobre los fieles con mayor furia que antes, y el mundo se convirtió en un vasto campo de batalla. Por cientos de años la iglesia de Cristo encontró refugio escondiéndose y en la oscuridad. Así dice el profeta: “La mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios para ser sustentada allí por mil doscientos sesenta días” (Apocalipsis 12:6).

La Edad Media.—La ascensión de la Iglesia Católica al poder señaló el principio de la Edad Media. A medida que su poder aumentaba, las tinieblas se hacían más intensas. La fe se trasladó de Cristo, su verdadero fundamento, al Papa de Roma. En lugar de confiar en el Hijo de Dios para obtener el perdón de los pecados y la salvación eterna, la gente recurría al Papa y a los sacerdotes y preladados en quienes él delegaba su autoridad. Se les enseñó que el Papa era su mediador y que sólo podían acercarse a Dios por medio

de él; más aún, que estaba en lugar de Dios para ellos, y por tanto debía ser obedecido sin vacilar. Cualquier desviación de sus requerimientos era causa suficiente para que se lanzaran los más severos castigos sobre el cuerpo y el alma de los ofensores.

De ese modo la mente de la gente se desvió de Dios para dirigirse a hombres falibles y sujetos a error; todavía más, al mismo príncipe de las tinieblas, quien ejercía su poder a través de ellos. El pecado se cubrió con un manto de santidad. Cuando se suprimen las Escrituras y el hombre se considera supremo, todo lo que podemos esperar es fraude, engaño y degradante iniquidad. Con la exaltación de las leyes y tradiciones humanas se manifestó la corrupción, la cual siempre aparece cuando se pone a un lado la Ley de Dios.

Los que buscan la verdad encontrarán pruebas irrefutables de la existencia de un Santuario en el Cielo. Allí se registra minuciosamente la vida de todos los seres humanos (actos, pensamientos, etc.).

Días de peligro.—Eran días de peligro para la iglesia de Cristo. Los fieles portaestandartes ciertamente eran pocos. Aunque la verdad no quedó sin testigos, había momentos cuando parecía que el error y la superstición prevalecerían por completo, y que la verdadera religión sería erradicada de la Tierra. Se perdió de vista el evangelio, pero en cambio las formas de la religión se multiplicaron y la gente recibía la carga de rigurosas exacciones.

No sólo se les enseñó que recurrieran al Papa como mediador, sino también a confiar en sus propias obras para expiar sus pecados. Largos peregrinajes, actos de penitencia, el culto a las reliquias, la construcción de iglesias, capillas y altares, el pago de grandes sumas a la iglesia; estos y muchos actos similares se fomentaban para apaciguar la ira de Dios u obtener su favor. ¡Como si Dios fuera un hombre que se enoja por nimiedades, o a quien se puede pacificar con ofrendas y obras de penitencia!

Los siglos siguientes fueron testigos de un constante aumento del error en las doctrinas enseñadas por Roma. Aun antes del establecimiento del papado, las enseñanzas de los filósofos paganos habían recibido la atención de la iglesia y ejercido influencia sobre ella. Muchos profesos convertidos seguían afeerrados a sus filosofías paganas, y no sólo continuaban estudiándolas, sino que instaban a otros a hacerlo como un medio de ejercer más influencia sobre los paganos. De ese modo se introdujeron graves errores en la fe cristiana. Entre ellos sobresale la creencia en la inmortalidad natural del hombre y el estado consciente de los muertos. Esta doctrina constituye el fundamento sobre el cual Roma estableció la invocación de los santos y la adoración de la Virgen

María. De ella surgió también la doctrina errónea del tormento eterno para los que finalmente resulten impenitentes, la cual fue incorporada en la fe papal.

Estas cosas prepararon el camino para la introducción de otra invención del paganismo, que Roma denominó purgatorio, y que se empleó para aterrozar a las multitudes crédulas y supersticiosas. Mediante ese error se afirma la existencia de un lugar de tormento en el cual las almas de los que no han merecido la condenación eterna sufrirán un castigo por sus pecados, después del cual, una vez librados de toda impureza, serán admitidos en el Cielo.

Otra invención más se necesitaba para que Roma pudiera aprovecharse de los temores y vicios de sus adherentes. Fue provista por la doctrina de las indulgencias. Se prometía total remisión de pecados, pasados, presentes y futuros, y la liberación de todas las sanciones y penalidades en que se incurriera, a los que se alistaban en las guerras del pontífice para extender sus dominios temporales y castigar a sus enemigos, o para exterminar a los que se atrevían a negar su supremacía espiritual. También se enseñó a la gente que mediante el pago de ciertas sumas de dinero a la iglesia podía librarse del pecado y salvar también las almas de sus amigos fallecidos que se encontraban confinados en medio de las llamas del tormento. Mediante esos procedimientos Roma llenó sus cofres y sostuvo la pomposidad, el lujo y el vicio de los pretendidos representantes del Ser no tenía dónde reclinar la cabeza.

El rito bíblico de la Cena del Señor fue reemplazado por el sacrificio de la misa. Los sacerdotes católicos pretendían que mediante sus ceremonias podían convertir el pan y el vino en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo. Con presunción pretendían disponer abiertamente de poder para “crear a su Creador”. Se requería que todos los cristianos, so pena de muerte, manifestaran su aceptación de ese terrible error que ofende al Cielo. Los que rehusaban eran entregados a las llamas.

El mediodía del papado fue la medianoche espiritual del mundo. Las Sagradas Escrituras eran casi desconocidas, no sólo por el pueblo, sino también por los sacerdotes. Tal como los fariseos de la antigüedad, los dirigentes católicos aborrecían la luz que habría puesto en evidencia sus pecados. Con la Ley de Dios –la norma de la justicia– removida, ejercieron un poder ilimitado y practicaron el vicio sin restricción alguna. Prevalcían el fraude, la avaricia y la lascivia. No había crimen que no se cometiera para obtener riquezas o escalar posiciones. Los palacios de los papas y los prelados eran escenarios del libertinaje más degradante. Algunos de los pontífices reinantes cometieron crímenes tan repugnantes que los gobernantes seculares trataron de deponer a esos dignatarios de la iglesia como monstruos demasiado viles para ser tolerados sobre el trono. Por siglos no progresaron la ciencia, las artes ni la civilización. Una parálisis moral e intelectual se apoderó de la cristiandad.

La purificación

La Reforma protestante nació en el seno del catolicismo debido a los muchos errores de Roma. Pero los reformadores también se ocuparon de otras cuestiones, durante mucho tiempo descuidadas, que encontraron en las Escrituras. En el siglo XIX, el interés en la segunda venida de Jesús fue creciendo entre los estudiosos de la Biblia de varias denominaciones y países; muchos esperaban que el evento ocurriera en la primera mitad de ese siglo. El movimiento fue especialmente fuerte en Estados Unidos, donde sus seguidores llegaron a ser conocidos como “adventistas”. Sobre la base de una profecía de tiempo en Daniel 8:14, acerca de la purificación del Santuario, esperaban que Jesús viniera y limpiase la Tierra en 1844. Cuando eso no aconteció, algunos de ellos investigaron las Escrituras para entender por qué no había ocurrido tal evento.

Los Santuarios terrenal y celestial.—En su investigación, los pioneros adventistas descubrieron que el Santuario terrenal, construido por Moisés por orden de Dios de acuerdo con el modelo que se le mostró en el monte, era “símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios”; que sus dos lugares santos eran “figuras de las cosas celestiales”; que Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es “ministro del santuario y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre”; y que “no entró Cristo en el santuario hecho por los hombres, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:9, 23; 8:2; 9:24).

El Santuario que está en el Cielo, en el cual oficia Jesús en favor de nosotros, es el gran original; el Santuario construido por Moisés era una copia. Así como el Santuario terrenal tenía dos compartimentos, el Lugar Santo y el Lugar Santísimo, también hay dos lugares santos en el Santuario celestial. Y el arca que contenía la Ley de Dios, el altar del incienso y otros instrumentos de servicio que encontramos en el Santuario terrenal tenían su contraparte en el Santuario celestial. En santa visión se le permitió al apóstol Juan entrar en el Cielo y allí vio el candelabro y el altar del incienso, “y el templo de Dios fue abierto”, y él vio “el Arca de su pacto” (Apocalipsis 4:5; 8:3; 11:19).

Los que estaban buscando la verdad encontraron pruebas irrefutables de la existencia de un Santuario en el Cielo. Moisés hizo el Santuario terrenal de acuerdo con el modelo que se le mostró. Pablo declaró que ese modelo es el verdadero Santuario que está en el Cielo (Hebreos 8:2, 5). Y Juan da testimonio de que lo vio en el Cielo.

Cuando terminaron los 2.300 días en 1844, por muchos siglos no había habido Santuario en la Tierra; por tanto, el Santuario del Cielo debía ser el mencionado en la declaración: “Hasta 2.300 tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. Pero, ¿cómo podía necesitar purificación el Santuario celestial? Al volver a las Escrituras, los estudiosos de la profecía descubrieron que esa purificación no se refería a impurezas materiales, puesto que se lo debía hacer con sangre, y por consiguiente debía de ser una purificación del pecado. Dice el apóstol: “Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fueran purificadas así [*con sangre de animales*]; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos [*la misma preciosa sangre de Cristo*]” (Daniel 8:14; Hebreos 9:23).

Para saber más acerca de la purificación señalada por la profecía, era necesario comprender el ministerio que se lleva a cabo en el Santuario celestial. Esto se podía lograr sólo estudiando el ministerio que se realizaba en el Santuario terrenal, pues Pablo declara que los sacerdotes que oficiaban allí servían “a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5).

La limpieza del Santuario.—Así como los pecados del pueblo eran transferidos antiguamente, en forma figurada, al Santuario terrenal por medio de la sangre de la ofrenda por el pecado, así nuestros pecados son, de hecho, transferidos al Santuario celestial por medio de la sangre de Cristo. Y así como la purificación típica del Santuario terrenal se llevaba a cabo mediante la remoción de los pecados que lo habían contaminado, así la limpieza real del Santuario celestial se cumplirá mediante la remoción de los pecados que están registrados allí. Esto requiere un examen de los libros de registro para determinar quiénes, por medio del arrepentimiento del pecado y la fe en Cristo, están en condiciones de recibir los beneficios de su expiación. La purificación del Santuario por tanto implica un juicio investigador. Esa obra debe realizarse antes de la venida de Cristo para redimir a su pueblo, porque cuando él venga traerá su galardón con él “para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apocalipsis 22:12).

Así los que siguieron la luz de la palabra profética vieron que en vez de venir a la Tierra al término de los 2.300 días en 1844, Cristo había entrado en el Lugar Santísimo del Santuario celestial, a la presencia de Dios, para realizar la obra final de expiación, preparatoria para su venida.

Un mensaje solemne.—Cuando Cristo entró en el Lugar Santísimo del Santuario celestial para realizar la obra final de la expiación, encomendó a sus siervos el último mensaje de misericordia que habría de darse al mundo. Esa es la advertencia del tercer ángel de Apocalipsis 14. Inmediatamente después de esa proclamación el profeta ve al Hijo del hombre que viene en gloria para segar la mies de la Tierra.

La más temible amenaza jamás dirigida a los mortales está contenida en el mensaje del tercer ángel (Apocalipsis 14:9-12). Debe ser un pecado terrible el que acarrea la ira de Dios sin mezcla de misericordia. No debe dejarse en tinieblas a los hombres con respecto a este importante asunto; la amonestación contra tal pecado debe darse al mundo antes de la caída de los juicios de Dios, para que todos sepan por qué se los inflige y tengan la oportunidad de escapar de ellos.

En el transcurso de esa gran controversia se desarrollan dos clases de personas distintas y opuestas. Una clase “adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca”, y por tanto acarrea sobre sí misma los terribles juicios anunciados por el tercer ángel. La otra clase, en marcado contraste con el mundo, guarda “los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:9, 12).

La salvación

En este capítulo y en los que le siguen, la autora escribe de cosas que todavía están el futuro pero a menudo los expresa en tiempo pasado, a semejanza de un testigo ocular que rememora eventos ya vistos.

EL FIN DEL TIEMPO DE PRUEBA

En ocasión de culminar el mensaje del tercer ángel, el poder de Dios había reposado sobre sus hijos; habían terminado su obra y estaban preparados para la hora de prueba que les aguardaba. Habían recibido la lluvia tardía, o el refrigerio de la presencia del Señor, y el testimonio viviente se había reavivado en ellos. Por todas partes había resonado la postrera gran amonestación, agitando y enfureciendo a los moradores de la Tierra que no habían querido recibir el mensaje.

Los ángeles que iban presurosos de un lado al otro en el Cielo. Un ángel con un tintero de escribano en la cintura regresó de la Tierra y comunicó a Jesús que había cumplido su encargo, y que los santos estaban sellados y numerados. Entonces Jesús, quien había estado oficiando ante el arca que contiene los Diez Mandamientos, volcó el incensario. Levantó luego las manos y en alta voz exclamó: “**¡Ya está hecho!**” Y toda la hueste angélica depuso sus coronas cuando Jesús formuló esta solemne declaración: “El que es injusto, sea injusto todavía; el que es impuro, sea impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese más todavía” (Apocalipsis 16:17; 22:11).

Cada caso había sido decidido ya para vida o para muerte. Mientras Jesús oficiaba en el Santuario, había proseguido el juicio de los justos muertos y luego el de los justos vivos. Cristo había recibido su reino, puesto que había hecho expiación por su pueblo y había borrado sus pecados. Estaba completo el número de súbditos del reino. Se habían consumado las bodas del Corde-ro. Y el reino y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el Cielo fueron dados a Jesús y a los herederos de la salvación, y Jesús había de reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Cuando Jesús salió del Lugar Santísimo, las campanillas de su túnica tin-

tinearon; al salir, una nube tenebrosa envolvió a los habitantes de la Tierra. Ya no había mediador entre el hombre culpable y un Dios ofendido. Mientras Jesús se interpuso entre Dios y el pecador, la gente tenía un freno; pero cuando dejó de interponerse entre el hombre y el Padre, el freno desapareció y Satanás ejerció un dominio completo sobre los que finalmente quedaron impenitentes.

Era imposible que las plagas fueran derramadas mientras Jesús todavía oficiaba en el Santuario; pero cuando terminó su obra allí y cesó su intercesión, nada detuvo ya la ira de Dios, la cual descendió furiosamente sobre las desamparadas cabezas de los culpables pecadores que descuidaron la salvación y aborrecieron las reprensiones. En ese terrible momento, después que terminara la mediación de Jesús, los santos tuvieron que vivir sin intercesor en presencia del Dios santo. Cada caso ya estaba decidido y cada joya [ya estaba] numerada.

En todas las denominaciones religiosas existen almas sinceras. Ellas, a su debido tiempo, escucharán el llamado de Dios y dejarán sus iglesias para conformar su pueblo verdadero y final antes de que Jesús regrese y esta Tierra sea destruida.

¡Demasiado tarde!—Entonces Jesús se despojó de sus vestiduras sacerdotales y se vistió con sus más regias galas. Llevaba en la cabeza muchas coronas, una corona dentro de otra. Rodeado de la hueste angélica, dejó el Cielo. Las plagas estaban cayendo sobre los moradores de la Tierra. Algunos acusaban a Dios y lo maldecían. Otros acudían presurosos al pueblo de Dios para suplicarle que les enseñara cómo escapar de los juicios divinos. Pero los santos no tenían nada que decirles. La última lágrima había sido derramada en favor de los pecadores, había sido ofrecida la última angustiada oración, se había soportado la última carga y se había dado el postrer aviso. La dulce voz de la misericordia ya no los invitaría más. Cuando los santos y el Cielo entero se interesaban por su salvación, ellos no se habían interesado en sí mismos. La vida y la muerte estuvieron frente a ellos. Muchos deseaban la vida, pero no se esforzaron por obtenerla. No escogieron la vida, y ya no había sangre expiatoria para purificar a los culpables ni Salvador compasivo que abogara por ellos y exclamase: “¡Dale al pecador un poco de tiempo todavía!” Todo el Cielo se unió a Jesús cuando oyó estas palabras: “¡Ya está hecho! ¡Todo se ha terminado!” El plan de salvación se había cumplido, pero pocos habían querido aceptarlo. Y cuando se silenció la dulce voz de la misericordia, el miedo y el horror invadieron a los malvados. Con terrible claridad oyeron estas palabras: “¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!”

Muchos de los impíos se enfurecieron en gran manera al sufrir los efectos de las plagas en terrible agonía. Los padres recriminaban amargamente a sus hijos, y los hijos a sus padres; los hermanos a sus hermanas, y las hermanas a sus hermanos. Por todas partes se oían estos lamentos y clamores: “¡Tú me impediste recibir la verdad que me hubiera salvado de este terrible momento!” La gente se volvía contra sus ministros con amargo odio y los reconvenían diciendo: “No nos advertieron. Nos dijeron que el mundo entero se iba a convertir, y clamaron ‘¡Paz, paz!’ para disipar nuestros temores. No nos hablaron de esta hora, y de quienes nos advertían dijeron que eran fanáticos y malvados que querían nuestra ruina”. Pero los ministros no se librarían de la ira de Dios. Sus sufrimientos serán 10 veces mayores que los de sus feligreses.

EL TIEMPO DE LA ANGUSTIA DE JACOB

Los santos abandonaban las ciudades y los pueblos para reunirse en grupos con el fin de vivir en los lugares más apartados. Los ángeles les proporcionaban alimento y agua mientras los impíos sufrían hambre y sed. Los grandes hombres de la Tierra consultaban entre sí, con Satanás y sus ángeles atareados en torno de ellos. Se creó un edicto, del que se distribuyeron copias por distintas partes del país, mediante el cual se ordenaba que a menos que los santos renunciaran a su fe peculiar y pusieran a un lado el sábado para observar el primer día de la semana, después de cierto tiempo la gente quedaría en libertad para darles muerte. Pero en esa hora de prueba los santos estaban tranquilos y serenos, confiando en Dios y descansando en su promesa de que se les abriría un camino de salvación.

En algunos lugares, antes que venciera el plazo señalado en el edicto, los impíos se abalanzaron sobre los santos para darles muerte; pero Jesús ordenó a sus ángeles que los protegieran. Dios se sentirá honrado de hacer un pacto con los que guardaron su Ley en presencia de los paganos que los rodeaban; y será para honra de Jesús trasladar sin pasar por la muerte a los fieles expectantes que durante tanto tiempo lo aguardaron.

Los santos sufrían gran angustia mental. Parecía que estaban rodeados por los malvados moradores de la Tierra. Las apariencias estaban en su contra. Algunos empezaron a temer que Dios los hubiera abandonado para que perecieran a manos de los impíos. Pero si sus ojos se hubieran abierto, se hubiesen visto rodeados por los ángeles de Dios. Después llegó la airada multitud de los impíos, y en seguida un conjunto de ángeles malignos que los incitaban para que mataran a los santos. Pero para poder acercarse al pueblo de Dios era necesario que pasaran entre ese conjunto de ángeles santos y poderosos. Eso era imposible. Los ángeles de Dios los hacían retroceder y también rechazaban a los ángeles malos que los rodeaban.

El clamor por liberación.—Era una hora de tremenda y terrible agonía para los santos. De día y de noche clamaban a Dios para que los librara. A juzgar por las apariencias, no había posibilidad de huir. Los impíos ya habían comenzado a saborear su triunfo y exclamaban: “¿Por qué Dios no los libra de nuestras manos? ¿Por qué no se levantan y salvan sus vidas?” Pero los santos no los escuchaban. Como Jacob, estaban luchando con Dios (Génesis 32:22-32). Los ángeles anhelaban liberarlos; pero debían esperar un poco más; el pueblo de Dios debía apurar el cáliz y recibir ese bautismo. Los ángeles, fieles a su misión, siguieron velando. Dios no quería que su nombre fuera deshonrado entre los paganos. Ya casi había llegado el tiempo cuando iba a manifestar su formidable poder e iba a librar gloriosamente a sus santos. Para honra de su nombre iba a librar a todos los que lo habían esperado pacientemente en él y cuyos nombres estaban escritos en el libro.

Todo era semejante a la experiencia del fiel Noé. Cuando cayó la lluvia y vino el diluvio, Noé y su familia ya estaban en el arca y Dios los había encerrado en ella. Noé había advertido fielmente a los moradores del mundo antediluviano mientras se mofaban y lo escarnecían. Pero cuando las aguas cayeron sobre la Tierra, y uno tras otro se ahogaba, vieron que el arca del que tanto se habían burlado flotaba con toda seguridad sobre las olas y protegía al fiel Noé y a su familia. De la misma manera será librado el pueblo de Dios que fielmente amonestó al mundo acerca de la ira venidera. Dios no consentirá que los malvados exterminen a los que esperaron la traslación y no se sometieron al decreto de la bestia ni recibieron su marca. Pues si se permitía que los malvados exterminaran a los santos, Satanás se alegraría con sus malignas huestes y todos cuantos odian a Dios. Y ¡oh, qué triunfo sería para su majestad satánica ejercer poder en el tramo final de la lucha sobre los que durante tanto tiempo esperaron ver a quien tanto amaban! Los que se burlaron de la idea de la ascensión de los santos presenciarán la solicitud de Dios por su pueblo y contemplarán su gloriosa liberación.

Cuando los santos salieron de las ciudades y los pueblos, los malvados los persiguieron para darles muerte. Pero las espadas que se levantaron contra el pueblo de Dios se quebraron y cayeron tan impotentes como la paja. Los ángeles de Dios escudaron a los santos. El clamor por liberación, el cual ascendía de día y de noche, llegó hasta el Señor.

LIBERACIÓN DE LOS SANTOS

Dios escogió la medianoche para librar a su pueblo. Mientras los malvados se burlaban de ellos, de pronto apareció el sol en todo su esplendor y la luna se detuvo. Los impíos observaron con asombro el espectáculo, mientras los santos consideraban con solemne júbilo las pruebas de su liberación. Señales

y maravillas se produjeron en rápida sucesión. Todo parecía estar fuera de quicio. Los ríos dejaron de fluir. Aparecieron densas y oscuras nubes que chocaban unas con otras. Pero había un lugar luminoso de serena gloria, de donde procedía la voz de Dios como el sonido de muchas aguas que sacudían los cielos y la Tierra. Hubo un tremendo terremoto. Se abrieron los sepulcros, y se levantaron glorificados de sus polvorientos lechos los que habían muerto en la fe del mensaje del tercer ángel y guardaron el sábado, para escuchar el pacto de paz que Dios iba a hacer con los que observaron su Ley.

El cielo se abría y cerraba y estaba en conmoción. Las montañas se sacudían como cañas movidas por el viento y despedían peñascos por todas partes. El mar hervía como una caldera y arrojaba piedras que caían a tierra. Y cuando Dios promulgaba el pacto eterno con su pueblo, pronunciaba una frase y hacía una pausa, mientras sus palabras avanzaban retumbando por toda la Tierra. El Israel de Dios estaba de pie con los ojos fijos en el cielo, mientras escuchaba las palabras que procedían de los labios de Jehová y se extendían por toda la Tierra con el estruendo de poderosos truenos. Todo era tremendamente solemne. Al final de cada frase los santos exclamaban: “¡Gloria! ¡Aleluya!” Sus semblantes estaban iluminados por el resplandor de Dios y refulgían como el rostro de Moisés cuando descendió del Sinaí; los impíos no los podían mirar por causa de la gloria. Y cuando se pronunció la sempiterna bendición sobre los que habían honrado a Dios al guardar el sábado, hubo un potente clamor de victoria sobre la bestia y sobre su imagen.

La segunda venida de Cristo.—Pronto apareció la gran nube blanca sobre la cual estaba sentado el Hijo del hombre. Cuando apareció primero a la distancia, la nube parecía muy pequeña. Pero cuando se acercó a la Tierra pudimos contemplar la excelsa gloria y la majestad de Jesús que avanzaba como vencedor. Una comitiva de ángeles ceñidos de brillantes coronas lo escoltaba en su camino.

No hay palabras para describir la magnificencia de ese espectáculo. Cuando se acercó la nube viviente de insuperable gloria y majestad, pudimos contemplar con nitidez la amable figura de Jesús. No llevaba una corona de espinas; en cambio ceñía su santa frente una corona de gloria. Sobre sus vestidos y su muslo había un nombre escrito: Rey de reyes y Señor de señores. Su rostro resplandecía más que el sol al mediodía, sus ojos eran como llama de fuego y sus pies tenían el aspecto del bronce bruñido. Su voz tenía el sonido de numerosos instrumentos musicales. La Tierra tembló delante de él; los cielos se desvanecieron como un pergamino que se enrolla, y todo monte y toda isla se removieron de su lugar. “Los reyes de la tierra, los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, todo esclavo y todo libre, se escondieron

en las cuevas y entre las peñas de los montes, y decían a los montes y a las peñas: ‘Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá sostenerse en pie?’” (Apocalipsis 6:15-17).

Los que poco antes habrían eliminado de la Tierra a los fieles hijos de Dios, vieron entonces la gloria de Dios que reposaba sobre ellos. Y en medio de su terror escucharon las voces de los santos que en gozosa melodía decían: “¡He aquí, éste es nuestro Dios! Lo hemos esperado, y nos salvará” (Isaías 25:9).

La primera resurrección.—La Tierra se estremeció violentamente cuando la voz del Hijo de Dios llamó a los santos que dormían. Respondieron a esa invitación y surgieron revestidos de gloriosa inmortalidad exclamando: “¡Victoria! ¡Victoria sobre la muerte y el sepulcro! ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro, tu victoria?” (ver 1 Corintios 15:55). Entonces los santos vivos y los resucitados elevaron sus voces en un prolongado y arrobador grito de victoria. Los cuerpos que habían descendido a la tumba con los estigmas de la enfermedad y la muerte, resucitaron dotados de salud y vigor inmortales. Los santos vivos fueron transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, y junto con los resucitados ascendieron para recibir al Señor en el aire. ¡Oh, qué glorioso encuentro! Los amigos desunidos por la muerte volvieron a reunirse para no separarse nunca más.

El Santuario que está en el Cielo, en el cual oficia Jesús en favor de nosotros, es nuestra gran esperanza de salvación. Y ahora mismo la humanidad está recibiendo el último mensaje de misericordia para aprovechar los beneficios de la intercesión, el perdón y la redención.

A cada lado del carro de nubes había alas y, debajo, ruedas vivas. Y los redimidos que estaban en la nube exclamaban: “¡Gloria! ¡Aleluya!” Y el carro ascendía hacia la Santa Ciudad. Antes de entrar en ella, los rescatados se ordenaron en un cuadro perfecto con Jesús en el centro. Su cabeza y sus hombros sobresalían por encima de los salvados y los ángeles. Su majestuosa figura y su amable rostro podían ser vistos por todos los que formaban el cuadro.

LA RECOMPENSA DE LOS SANTOS

Luego un gran número de ángeles trajo de la ciudad brillantes coronas, una para cada santo, con el nombre de cada uno escrito en ellas. Cuando Cristo pidió las coronas, los ángeles se las trajeron, y con su propia diestra el amable Jesús ciñó con ellas las cabezas de los santos. De la misma manera los ángeles trajeron arpas, y Jesús se las dio a los redimidos. Los ángeles directores dieron

primero el tono, y luego toda voz se elevó en agradecida y feliz alabanza, y todas las manos pulsaron hábilmente las cuerdas de las arpas y dejaron oír una música melodiosa que se desgranaba en ricos y perfectos acordes.

Después Jesús condujo a los redimidos a la puerta de la Ciudad. La asió y la hizo girar sobre sus resplandecientes goznes, y ordenó que entraran las naciones que habían guardado la verdad. Dentro de la ciudad había de todo lo que podía agradar a la vista. Por todas partes podían ver gloria en abundancia. Entonces Jesús miró a sus santos redimidos, cuyos semblantes irradiaban luz, y fijando en ellos su mirada bondadosa les dijo con voz rica y musical: “Veo el trabajo de mi alma, y estoy satisfecho. De ustedes es esta excelsa gloria para que la disfruten eternamente. Terminaron vuestros pesares. No habrá más muerte, ni llantos ni pesares, ni habrá más dolores”. La hueste de los redimidos se postró y depositó sus brillantes coronas a los pies de Jesús; y cuando su bondadosa mano los puso de pie, pulsaron sus áureas arpas y llenaron el Cielo con su deleitosa música y sus himnos al Cordero.

Luego Jesús condujo a su pueblo al árbol de la vida; y nuevamente oímos que su hermosa voz, más sonora que cualquier música escuchada alguna vez por oídos mortales, decía: “Las hojas de este árbol son para la sanidad de las naciones. Coman todos de él”. En el árbol de la vida había el más hermosísimo fruto, del cual los santos podían servirse libremente. En la ciudad había un trono sumamente glorioso, del que manaba un río puro de agua viva, clara como el cristal. A cada lado del río estaba el árbol de la vida, y en las márgenes había otros hermosos árboles que daban frutos buenos para comer.

Las palabras son demasiado pobres para intentar una descripción del Cielo. Sólo podemos exclamar: “¡Oh, qué amor, qué maravilloso amor!” Las palabras más sublimes no alcanzan a describir la gloria del Cielo ni las incomparables profundidades del amor del Salvador.

La sentencia

EL MILENIO

En la Tierra, los impíos habían sido destruidos y sus cadáveres yacían sobre su superficie. La ira de Dios, manifestada mediante siete plagas, se había derramado sobre los habitantes de la Tierra, induciéndolos a morderse las lenguas de dolor y a maldecir a Dios. Después que los santos fueron librados por la voz de Dios, los impíos encauzaron sus iras unos contra otros. Toda la Tierra se veía inundada de sangre y cubierta de cadáveres.

La Tierra parecía un desolado desierto. Las ciudades y los pueblos, sacudidos por el terremoto, yacían en ruinas. Las montañas, removidas de sus lugares, habían dejado en su sitio grandes cavernas. Sobre toda la superficie de la Tierra estaban esparcidos los peñascos que había lanzado el mar o que había arrojado la tierra misma. Corpulentos árboles desarraigados estaban tendidos por el suelo. Este será por mil años el hogar de Satanás y de sus ángeles malos. Él quedará confinado para recorrer la destruida superficie de la Tierra y para evaluar las consecuencias de su rebelión contra la Ley de Dios. Durante mil años podrá gozar del fruto de la maldición que causara.

Sin poder salir de la Tierra, no tendrá el privilegio de ir a otros planetas para tentar y molestar a los que no han caído. Durante ese tiempo Satanás sufrirá muchísimo. Desde la caída, sus malos rasgos han estado en constante ejercicio. Pero entonces será privado de su poder y abandonado para reflexionar en el papel que ha desempeñado, y para sentir con temor y temblor su espantoso porvenir, cuando tendrá que sufrir por todo el mal que llevó a cabo y ser castigado por todos los pecados que hizo cometer.

De parte de los ángeles y de los santos redimidos salían exclamaciones de triunfo, las cuales resonaban como 10 mil instrumentos musicales, porque ya Satanás no los molestaría ni los tentaría más, y porque los habitantes de los otros mundos habían sido librados de él y de sus tentaciones.

Después Jesús y los redimidos se sentaron sobre tronos; y los santos reinaron como reyes y sacerdotes de Dios. Cristo, junto con su pueblo, juzgó a los impíos muertos, comparando sus acciones con el Libro de estatutos, la Palabra de Dios, y fallando cada caso según lo hecho en el cuerpo. Después

sentenciaron a los impíos a la pena que debían sufrir de acuerdo con sus obras, la cual quedó escrita frente a sus nombres en el libro de la muerte. También el diablo y sus ángeles fueron juzgados por Jesús y los santos. El castigo de Satanás debía ser mucho mayor que el de aquellos a quienes engañó. Su sufrimiento será tan grande que no podrá establecerse comparación alguna con el de ellos. Después que perezcan todos los que engañó, Satanás continuará viviendo para sufrir por mucho tiempo más.

Cuando terminó el juicio de los impíos muertos, al final del Milenio, Jesús salió de la ciudad seguido por los santos y una comitiva de ángeles. Jesús descendió sobre una gran montaña que, tan pronto como él posó los pies en ella, se partió convirtiéndose en una dilatada llanura. Entonces apareció en lo alto la grande y hermosa ciudad con doce cimientos y doce puertas, tres en cada lado, y un ángel en cada puerta. Los redimidos exclamaron: “¡La ciudad! ¡La gran ciudad! Desciende del Cielo, de Dios”. Bajó con todo su esplendor y deslumbrante gloria, y se asentó en la vasta llanura que Jesús preparase para ella.

La segunda resurrección.—Luego Jesús, acompañado de su comitiva de ángeles y de los santos redimidos, salió de la ciudad. Los ángeles rodearon a su Comandante y lo escoltaron durante el viaje, y el cortejo de los rescatados lo seguía. Después, con terrible y pavorosa majestad, Jesús llamó a los impíos muertos, quienes resucitaron con los mismos cuerpos débiles y enfermizos con que descendieron al sepulcro. ¡Qué escena! En la primera resurrección todos surgieron revestidos de inmortal lozanía, pero en la segunda se veían en todos los estigmas de la maldición. Los reyes y los nobles de la Tierra, los ruines y los miserables, los eruditos y los ignorantes, todos resucitaron juntos. Todos contemplaron al Hijo del Hombre; y los mismos que lo despreciaron y escarnecieron, los que ciñeron con corona de espinas su santa frente y lo golpearon con la caña, lo vieron vestido con toda su regia majestad. Los que le escupieron el rostro en ocasión de su juicio, rehuyeron entonces su penetrante mirada y el resplandor de su semblante. Los que traspasaron con clavos sus manos y sus pies vieron en ese momento las marcas de la crucifixión. Los que introdujeron la lanza en su costado vieron en su cuerpo la señal de su crueldad. Y sabían que era el mismo a quien ellos crucificaron y escarnecieron durante su agonía. Entonces surgió un prolongado gemido de angustia, y huyeron a esconderse de la presencia del Rey de reyes y Señor de señores.

Todos trataron de ocultarse tras las rocas o escudarse de la terrible gloria del Ser a quien una vez despreciaron. Y abrumados y afligidos por su majestad y excelsa gloria, alzaron unánimemente la voz y exclamaron con terrible claridad: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”

Después Jesús y los santos ángeles, acompañados por todos los santos,

regresaron a la ciudad mientras los amargos lamentos y el llanto de los impíos condenados saturaban el aire. Entonces Satanás reanudó su obra. Recorrió las filas de sus súbditos y fortaleció a los débiles diciéndoles que él y sus ángeles eran poderosos. Señaló los incontables millones que habían resucitado. Había entre ellos poderosos militares y reyes expertos en el arte de la guerra, quienes habían conquistado reinos. Había también gigantes fornidos y hombres valientes que nunca habían perdido una batalla. Allí estaba el soberbio y ambicioso Napoleón, cuya presencia había hecho temblar reinos. Allí había hombres de destacada estatura y digno porte que murieron en medio de la batalla sedientos de conquistas.

Al salir de la tumba reanudaron el curso de sus pensamientos donde lo había interrumpido la muerte. Satanás consultó a sus ángeles, y después con esos reyes, conquistadores y hombres poderosos. Entonces contempló ese vasto ejército, y les dijo que los habitantes de la ciudad eran pocos y débiles, por lo que podían subir contra ella y tomarla.

Satanás logró engañarlos, e inmediatamente todos se dispusieron para la batalla. Construyeron todo tipo de armas de guerra. Entonces, con Satanás a la cabeza, la multitud se puso en marcha. Reyes y guerreros iban muy cerca de Satanás, y la multitud los seguía formando grupos. Cada grupo tenía su jefe, y marchaba en orden sobre la fragmentada superficie de la Tierra en dirección a la Santa Ciudad. Jesús cerró las puertas y el vasto ejército la rodeó.

Cuando cada caso se haya decidido, tanto de los muertos como de los vivos de toda la historia de la humanidad, entonces Jesús volverá por segunda vez a la Tierra para liberar a su pueblo del poder del mal.

LA CORONACIÓN DE CRISTO

De nuevo apareció Cristo a la vista de sus enemigos. Por encima de la ciudad, sobre fundamentos de oro bruñido, había un trono alto y sublime donde estaba sentado el Hijo de Dios; a su alrededor, los súbditos de su reino. No hay lengua ni pluma que puedan describir el poder y la majestad de Cristo. La gloria del Padre eterno envolvía a su Hijo. El resplandor de su presencia invadía la Ciudad y trasponía sus puertas, inundando toda la Tierra con sus rayos.

Junto al trono estaban los que antes habían sido celosos promotores de la causa de Satanás pero que, rescatados como tizones arrebatados del incendio, habían seguido al Salvador con profunda e intensa devoción. Detrás estaban los que perfeccionaron caracteres cristianos en medio de la falsedad y la infidelidad, los que honraron la Ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró nula, y los millones de todas las épocas que cayeron como mártires por causa

de su fe. Y más atrás aún estaba la “gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas... Estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos” (Apocalipsis 7:9). Su lucha había concluido, su victoria ya había sido lograda. Habían corrido la carrera y habían alcanzado el premio. La palma que tenían en la mano era el símbolo de su triunfo; la vestidura blanca era un emblema de la justicia inmaculada de Cristo, la cual ahora les pertenecía.

Los redimidos elevaron un himno de alabanza que sonó y resonó por la bóveda celeste: “La salvación pertenece a nuestro Dios, quien está sentado en el trono, y al Cordero”. Los ángeles y los serafines unieron sus voces en adoración. Puesto que los redimidos habían experimentado el poder y la maldad de Satanás, se dieron cuenta, como nunca antes, de que sólo el poder de Cristo había podido hacerlos vencedores. En toda esa resplandeciente multitud nadie se adjudicó la salvación a sí mismo, ni creyó que había triunfado gracias a su propio poder y virtud. Nada dijeron de lo que hicieron o sufrieron; por el contrario, el tema de cada cántico, la nota tónica de cada himno era: “La salvación pertenece a nuestro Dios... y al Cordero” (Apocalipsis 7:10).

Ante la presencia de los habitantes del Cielo y de la Tierra reunidos se llevó a cabo finalmente la coronación del Hijo de Dios. Y entonces, investido de majestad y poder supremos, el Rey de reyes pronunció su sentencia sobre los que se rebelaron contra su gobierno, y la ejecutó contra los que transgredieron su Ley y oprimieron a su pueblo. El profeta de Dios dice: “Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo y ningún lugar se halló ya para ellos. Y vi los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios. Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Apocalipsis 20:11, 12).

Tan pronto como los libros fueron abiertos, y los ojos de Jesús contemplaron a los impíos, estos fueron conscientes de cada pecado que alguna vez habían cometido. Vieron con exactitud dónde se apartaron sus pies del camino de la pureza y la santidad, y cuán lejos los llevaron el orgullo y la rebelión en la violación de la Ley de Dios. Las seductoras tentaciones que ellos alentaron por su complacencia con el pecado, las bendiciones pervertidas, las ondas de gracia rechazadas por el corazón obstinado e impenitente; todo apareció como si estuviera escrito con letras de fuego.

Panorama del gran conflicto.—Sobre el trono apareció la cruz; y en visión panorámica aparecieron también las escenas de la tentación y la caída de Adán, y los pasos sucesivos del gran plan de redención. El humilde nacimiento del Salvador; sus primeros años, señalados por la sencillez y la obediencia;

su bautismo en el Jordán; el ayuno y las tentaciones en el desierto; su ministerio público, que trajo a la humanidad preciosas bendiciones celestiales; los días repletos de actos de amor y misericordia; las noches de oración y vigilia en la soledad de las montañas; las maquinaciones de la envidia, el odio y la maldad con que se pagaron sus beneficios; la horrenda y misteriosa agonía del Getsemaní, bajo el peso aplastante de los pecados de todo el mundo; su traición a manos de la turba asesina; los terribles acontecimientos de esa noche de horror: el pacífico Prisionero, abandonado hasta por sus más amados discípulos, arrastrado violentamente por las calles de Jerusalén; el Hijo de Dios presentado con voces de júbilo ante Anás, llevado al palacio del sumo sacerdote, ante el tribunal de Pilato, frente al cobarde y cruel Herodes, escarnecido, insultado, torturado y condenado a muerte; todo eso apareció con nitidez.

Luego, delante de la agitada multitud, aparecieron las escenas finales: la paciente Víctima que recorre el camino al Calvario;

el Príncipe del Cielo colgado de la cruz; los altivos sacerdotes y la plebe bullanguera que se burla de su agonía mortal; las tinieblas sobrenaturales; la Tierra que tiembla, las rocas que se parten, las tumbas abiertas que señalan el momento cuando el Redentor del mundo entregó su vida.

El terrible espectáculo apareció tal como fue. Satanás, sus ángeles y sus súbditos no pudieron apartarse de la exposición de su propia obra. Cada actor recordó la parte que desempeñó. Herodes, quien asesinó a los niños inocentes de Belén para destruir al Rey de Israel; la vil Herodías, sobre cuya alma culpable reposa la sangre de Juan el Bautista; el débil Pilato, siervo de las circunstancias; los soldados burlones; los sacerdotes y gobernantes y la multitud furiosa que clamaba: “¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!” Todos contemplaron la enormidad de su crimen; mientras, los redimidos depositaban sus coronas a los pies del Salvador exclamando: “¡Él murió por mí!”

Entre la multitud de rescatados se encuentran los apóstoles de Cristo: el heroico Pablo, el ardoroso Pedro, el amado y amante Juan, y sus fieles hermanos, y con ellos el vasto ejército de los mártires; fuera de los muros, con todo lo que es vil y abominable, están los que los persiguieron, encarcelaron y dieron muerte. Allí está Nerón, ese monstruo de crueldad y vicio, contemplando la alegría y la exaltación de los que torturó, y en cuyas terribles aflicciones encontró deleite satánico. Su madre también está allí para verificar el resultado de su propia obra; para ver cómo los malos rasgos de carácter transmitidos a

Jesús conducirá a los redimidos hacia las puertas de la Ciudad y les dirá: “De ustedes es esta excelsa gloria para que la disfruten eternamente. Terminaron vuestros pesares. No habrá más llantos, ni clamores, ni dolores, ni muerte”.

su hijo, las pasiones alentadas y desarrolladas por su influencia y ejemplo, dieron como fruto una cantidad de crímenes que hicieron estremecer al mundo.

Hay sacerdotes y prelados, quienes pretendieron ser embajadores de Cristo y emplearon la tortura, la mazmorra y la hoguera para dominar la conciencia del pueblo de Dios. Están los orgullosos pontífices que se exaltaron por sobre Dios y pretendieron cambiar la Ley del Altísimo. Esos pretendidos padres de la iglesia tenían una cuenta que dar ante Dios, de la cual de buena gana habrían querido librarse. Demasiado tarde comprendieron que el Omnisapiente es celoso de su Ley y que de ninguna manera justificará al culpable. Entonces aprendieron que para Cristo los intereses de su pueblo sufriente son los suyos; y sintieron la fuerza de sus palabras: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40).

Ante el tribunal.—Todos los impíos comparecieron ante el tribunal de Dios, acusados de alta traición contra el gobierno del Cielo. No tenían quien defendiera su causa; estaban sin excusa; y la sentencia de muerte eterna se pronunció contra ellos.

Entonces fue evidente para todos que la paga del pecado no es noble independencia y vida eterna, sino esclavitud, ruina y muerte. Los impíos vieron lo que perdieron por causa de su vida rebelde. Despreciaron el más excelente y eterno peso de gloria cuando se les ofreció; pero cuán deseable les parecía ahora. El alma perdida gritaba: “Todo esto habría sido mío, pero decidí poner lejos de mí todas estas cosas. ¡Oh, qué extraña infatuación! Entregué la paz, la felicidad y el honor a cambio de la miseria, la infamia y la desesperación”. Todos se dieron cuenta de que su exclusión del Cielo era justa, pues con su vida habían declarado: “No queremos que Jesús reine sobre nosotros”.

Como en trance, los impíos son testigos de la coronación del Hijo de Dios. Ven en sus manos las tablas de la Ley divina, los estatutos que despreciaron y transgredieron. Son testigos de las explosiones de admiración, éxtasis y adoración de los salvados; y cuando la onda melodiosa se propagan hasta la multitud que está fuera de la ciudad, todos exclaman a una voz: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (Apocalipsis 15:3), y caen postrados para adorar al Príncipe de la vida.

La segunda muerte.—Satanás parece paralizado al contemplar la gloria y majestad de Cristo. El que fuera un querubín cubridor recuerda de dónde había caído. ¡Cómo cambió, cuánto se degradó! el serafín resplandeciente.

Satanás se da cuenta de que su rebelión voluntaria lo ha inhabilitado para el Cielo. Adiestró sus facultades para guerrear contra Dios; la pureza, la paz y

la armonía del Cielo serían para él supremas torturas. Sus acusaciones contra la misericordia y la justicia de Dios han sido silenciadas. El vituperio que se esforzó por lanzar contra Jehová recae plenamente sobre él. Entonces Satanás se inclina y reconoce que su sentencia es justa.

Queda aclarada toda duda relativa a la verdad y el error. La justicia de Dios queda plenamente vindicada. Ante todo el mundo se presenta claramente el gran sacrificio hecho por el Padre y el Hijo en favor del hombre. Y llega el momento cuando Cristo ocupa el lugar que le correspondía, y se lo glorifica por encima de los principados, las potestades y todo nombre que se nombra.

A pesar de que Satanás se ha visto obligado a reconocer la justicia de Dios y a inclinarse ante la supremacía de Cristo, su carácter no cambia. El espíritu de rebelión, como un torrente poderoso, nuevamente explota. Lleno de frenesí se decide a no capitular en el gran conflicto. Ha llegado el momento de lanzar un último y desesperado ataque contra el Rey del Cielo. Se lanza en medio de sus súbditos y trata de inspirarlos con su propia furia e incitarlos a librar batalla inmediatamente. Pero de todos los incontables millones que indujo a rebelarse, nadie reconoce ahora su supremacía. Su poder ha llegado a su fin. Los impíos están llenos del mismo odio a Dios que inspiró a Satanás; pero se dan cuenta de que su caso es desesperado, que no pueden prevalecer contra Jehová. Su ira se enciende contra el ángel caído y los que fueron sus instrumentos de engaño. Con furia demoníaca se vuelven contra ellos, y se produce en ese momento una escena de conflicto universal.

Entonces se cumplen las palabras del profeta: “Porque Jehová está airado contra todas las naciones, indignado contra todo el ejército de ellas; las destruirá y las entregará al matadero” (Isaías 34:2). “Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador serán la porción de su copa” (Salmo 11:6). Desciende fuego del Cielo. La Tierra se resquebraja. Llamas devoradoras irrumpen de los abismos. Hasta las rocas arden. Llegó el día “ardiente como un horno” (Malaquías 4:1). Los elementos se funden por el calor, y también se queman la tierra y las obras que hay en ella (2 Pedro 3:10). La superficie de la Tierra parece una masa fundida, un vasto e hirviente lago de fuego. Es el momento del juicio y la perdición de los impíos; “es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sión” (Isaías 34:8).

Los impíos reciben su recompensa en la Tierra. “Serán estopa. Aquel día que vendrá, los abrasará, dice Jehová de los ejércitos” (Malaquías 4:1). Algunos son destruidos en un momento, mientras que otros sufren muchos días. Todos son castigados según sus acciones. Los pecados de los justos son transferidos a Satanás, el originador del mal, quien debe sufrir su castigo. Tiene que sufrir no solamente por su propia rebelión, sino por todos los pecados que hizo cometer a los hijos de Dios. Su castigo, entonces, será mucho mayor que

el de aquellos a quienes engañó. Después que perezcan todos los que cayeron por causa de sus engaños, deberá seguir viviendo y sufriendo. Las llamas purificadoras finalmente destruyen a los impíos; raíz y ramas. Satanás, la raíz; sus seguidores, las ramas. La justicia de Dios queda satisfecha, y los santos y toda la hueste angélica dicen en alta voz: “¡Amén!”

En medio del fuego de la venganza de Dios, los justos moran seguros en la Santa Ciudad, para los participantes en la primera resurrección, la segunda muerte no tiene poder alguno (Apocalipsis 20:6). Mientras para los impíos Dios es fuego consumidor, para su pueblo es sol y escudo (Salmo 84:11).

El nuevo comienzo

“**E**ntonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra había pasado” (Apocalipsis 21:1). El fuego que consume a los malvados purifica la Tierra. Todo rasgo de maldición desaparece. Ningún infierno eterno mostrará a los redimidos las terribles consecuencias del pecado. Sólo queda un recordativo: nuestro Redentor llevará por siempre las marcas de su crucifixión. En su frente herida y en sus manos y sus pies se encuentran los únicos vestigios de la cruel obra que realizara el pecado.

“Y tú, torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sión, tú recobrarás el señorío de antaño” (Miqueas 4:8). El reino perdido por el pecado fue recuperado por Cristo, y “los justos heredarán la tierra y vivirán para siempre en ella” (Salmo 37:29). El temor a materializar demasiado la herencia de los santos ha inducido a muchos a espiritualizar las mismas verdades que nos permiten considerar que la Nueva Tierra es nuestro hogar. Cristo aseguró a sus discípulos que había ido a preparar moradas para ellos. Y sin embargo el apóstol Pablo declaró: “Cosas que ojo no vio ni oído oyó, ni han subido al corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman” (1 Corintios 2:9). El lenguaje humano es inadecuado para describir la recompensa de los justos. Ninguna mente finita puede comprender la gloria del Paraíso de Dios.

En la Biblia a la heredad de los salvados se la llama patria (Hebreos 11:14-16). Allí el gran Pastor conduce a su rebaño a fuentes de aguas vivas. El árbol de la vida da su fruto cada mes, y las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones. Hay ríos de aguas corrientes, claras como el cristal. Allí las amplias planicies desembocan en colinas hermosas y las montañas de Dios yerguen sus elevados picos. En esas pacíficas planicies, junto a las corrientes vivas, el pueblo de Dios, por tanto tiempo peregrino y errante, encontrará un hogar.

La Nueva Jerusalén.—Allí está la Nueva Jerusalén, que tiene “la gloria de Dios” y un fulgor “semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspé, diáfana como el cristal” (Apocalipsis 21:11). Dijo el Señor: “Yo me alegraré con Jerusalén y me gozaré con mi pueblo” (Isaías 65:19). “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán

su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron” (Apocalipsis 21:3, 4).

En la ciudad de Dios ya no habrá noche. Nadie necesitará descansar ni deseará hacerlo. Nadie se cansará de hacer la voluntad de Dios ni de ofrecer alabanzas a su nombre. Siempre sentiremos la frescura de la mañana. “Y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará” (Apocalipsis 22:5). La gloria de Dios y del Cordero inundará la Santa Ciudad con luz inextinguible. Los redimidos caminarán a la luz de un día perpetuo en el cual no habrá sol.

“En ella no vi templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero” (Apocalipsis 21:22). El pueblo de Dios tendrá el privilegio de mantener estrecha comunión con el Padre y el Hijo. “Ahora vemos por espejo, oscuramente” (1 Corintios 13:12); contemplamos la imagen de Dios reflejada, como en un espejo, en las obras de la naturaleza y en su trato con los hombres. Pero entonces lo veremos cara a cara, sin un velo oscurecedor de por medio. Estaremos ante su presencia y contemplaremos la gloria de su rostro.

Allí las mentes inmortales estudiarán con deleite inextinguible las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. No habrá ningún adversario cruel y engañador para tentarnos. Toda facultad será desarrollada, toda capacidad aumentada. La adquisición de conocimientos no cansará la mente ni desgastará las energías. Se llevarán a cabo las más grandes empresas, se alcanzarán las más elevadas aspiraciones, se realizarán las más elevadas ambiciones; y aún surgirán nuevas alturas que alcanzar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos propósitos para ocupar las facultades de la mente, el alma y el cuerpo.

Y al transcurrir los años de la eternidad, estos ofrecerán las más ricas y gloriosas revelaciones de Dios y de Cristo. Así como el conocimiento es progresivo, también el amor, la reverencia y la felicidad se incrementarán. Cuanto más aprendan los hombres acerca de Dios, más admirarán su carácter. Al revelarles Jesús las riquezas de la redención y las sorprendentes realizaciones logradas en el gran conflicto con Satanás, los corazones de los redimidos latirán con más ferviente devoción, y tañerán las arpas de oro con mano segura.

“A todo lo creado que está en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, oí decir: ‘Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos’” (Apocalipsis 5:13).

El pecado y los pecadores no existen más. Todo el universo de Dios está purificado. El gran conflicto ha terminado para siempre.

Si apreció el mensaje de este libro y desea más información sobre la Iglesia Adventista del Séptimo Día y sus servicios –tales como iglesias, colegios, universidades, hospitales, clínicas, casas editoras, proyectos de acción solidaria, “Vida por vidas”, “Rompiendo el Silencio”, etc.–, visite:

www.adventistas.org/es/

El libro *En busca de esperanza* puede ser leído en formato digital y enviado a un amigo. Busque:

libro.esperanzaweb.com

Conozca también la Radio y TV Nuevo Tiempo:

nuevotiempo.org

Puede solicitar mayor información en los siguientes correos electrónicos y teléfonos de su país:

Argentina:

esperanza@adventistas.org.ar
Tel.: 0800-555-0201

Paraguay:

esperanza.paraguay@adventistas.org.py
Tel.: 021-224181

Bolivia:

union.boliviana@adventistas.org.bo
Tel.: 4-4115753/4-4117388

Perú Norte:

esperanza.upn@adventistas.org.pe
Tel.: 4169700

Chile:

esperanza@nuevotiempo.cl
Tel.: 02-2284-4921

Perú Sur:

esperanza.ups@adventistas.org.pe
Tel.: 610-7702

Ecuador:

esperanza@adventistas.ec
Tel.: 02-2801739/02-2527631/
04-2365753

Uruguay:

esperanza@adventistas.org.uy
Tel.: 23033010

**Debe saber que Dios tiene un plan especial para su vida.
Busque conocerlo mejor, y viva con más esperanza.**